

Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. IX - Nº 99 Julio de 2026

Al servicio de la Santa Iglesia y de Brasil

Cuadro político que antecedió la convocatoria de la Asamblea Constituyente

Hasta 1930 Brasil vivió bajo un régimen conservador, denominado "República Vieja", de base rural y con trazos aristocráticos, pero que afirmaba su adhesión doctrinaria a una democracia liberal.

Esa contradicción notoria generó una onda de protestas, exigiendo la coherencia de la práctica política con la inspiración doctrinaria. En el surco de una intensa exacerbación de ánimos así creada, la Revolución de 1930, hecha bajo el signo de la "Alianza Liberal", derrumbó la "República Vieja", habiendo asumido Getulio Vargas el comando del "Gobierno Provisional".

La consolidación de la dictadura Vargas levantaba en todo el País descontentos, que caminaban rápidamente para la confrontación armada. En São Paulo, la reacción estaba más encendida. En este estado, el 9 de julio de 1932, se inició un levantamiento militar, con apoyo casi unánime de la población, la llamada "Revolución Constitucionalista".

El movimiento había eclosionado oficialmente para exigir elecciones libres, el fin de la excepción dictatorial y la re-constitucionalización del País. Se presentaba con todas las apariencias de revolución liberal, y realmente lo era. Sin embargo, revelaba, eso sí, una insatisfacción de la llamada aristocracia del café y de las fuerzas que ella agrupaba, contra la nueva situación reinante en Brasil, sometido desde 1930 a una democratización revolucionaria. Bajo este ángulo, la sublevación paulista de 1932 fue un movimiento conservador contra un gobierno que ya presentaba tendencias populistas, cristalizadas posteriormente.

El levantamiento paulista de 1932, a pesar de derrotado militarmente, acabó por alcanzar uno de sus fines. En efecto, fue el factor decisivo que llevó al gobierno a convocar una Asamblea Nacional Constituyente.*



Protesta en la Praça da Sé en 25 de enero de 1932

Acervo Memorial da Democracia(CC3.0)

* Cf. CORREA DE OLIVEIRA, Plinio. Opera Omnia. Vol. 1. Preámbulo p. XLVIII a L.

Sumario



En la portada, el Dr. Plinio en 1933

Foto: Archivo Revista

Vol. IX - No. 99 Julio de 2026

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como "conferencias" — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor



Segunda página
2 *Cuadro político que antecedió la convocatoria de la Asamblea Constituyente*



Editorial
4 *Fidelidad a la misión*



Piedad pliniana
5 *¡Intervenid, Señora, cuanto antes!*

Liga Electoral Católica
6 *I - La Liga Electoral Católica, un lance audaz por la Santa Iglesia Católica y por el Brasil*



Santoral
12 *Santos de Julio*



Liga Electoral Católica
14 *II - Católico militante, aceptando resoluto combatir por la Iglesia*



Liga Electoral Católica
21 *III - Diputado Sagaz y Vigilante*



Liga Electoral Católica
29 *IV - Entre el precipicio y la gloria, en las pompas de la Constituyente*



Última página
36 *Delante de un santo, el tigre tomó aires de gatito*

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:
Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:
Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:
Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com
Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

Editorial

Fidelidad a la misión

La lid emprendida por el Dr. Plinio como diputado – cuya narración concluye en esta edición[1] – trascendía casi al infinito la mera actuación política, pues, siendo él fundamentalmente un líder católico, no buscaba su realización en una brillante profesión, sino en el cumplimento de una misión. Por eso, no dudó en sacrificar la carrera para ser fiel a su misión. Con el espíritu impregnado de los principios expuestos a seguir[2], su objetivo era llevar al Brasil a la grandeza espiritual y, en consecuencia, material, para la cual Dios lo destinó.

De acuerdo con la doctrina tradicional de la Iglesia, el catolicismo es compatible con todas las formas de gobierno, sean ellas monárquicas, aristocráticas o democráticas.

No han faltado, entretanto, católicos desorientados que sustentan que apenas la monarquía es compatible con el catolicismo. Y, por otro lado, ya hubo quien afirmase que solamente la democracia se podría encuadrar dentro de los legítimos principios católicos.

Con esas dos doctrinas erróneas, la Iglesia sería arrancada del excelso trono de su misión sobrenatural, para ser arrastrada a las luchas políticas en que se entrechocan apenas intereses humanos.

Como si no bastase tal situación, aparecieron adversarios de la Iglesia que, acusándola de mero instrumento político en las manos de las clases llamadas reaccionarias, la consideraban incompatible, ya en sus principios, ya en su acción concreta, con el genuino régimen republicano.

Cuando irrumpió en la Europa católica del siglo XVI el siniestro huracán del protestantismo, la organización política de todos los pueblos era, en sus trazos generales, modelada según los principios cristianos.

Formas de gobierno, las había de todo tipo, presentando inclusive una diversidad mucho mayor que en nuestros días, lo que atestigua el genio político de los estadistas medievales.

En la Edad Media había tanto monarquías hereditarias como electivas, junto a las cuales coexistían repúblicas que se gobernaban de acuerdo con los principios democráticos. Y, estableciendo una ligación entre formas tan diversas, una única característica constante se notaba en el derecho público de la época: la pretensión oficial de respetar –al menos en tesis– los principios cristianos de organización político-social.

Todas las formas de gobierno vivían, por tanto, a la sombra de la Iglesia, aprobadas por ella y, con frecuencia, formadas al soplo vivificador de las propias autoridades eclesiásticas.

Justificando con la doctrina esta situación de hecho, Santo Tomás de Aquino, el representante más autorizado del pensamiento medieval, nos legó los siguientes principios, hasta hoy desposados por la Iglesia.

El hombre, sociable por naturaleza, fue creado por Dios con cualidades tales, que su vida en sociedad solo se torna posible mediante la existencia de un poder público que gobierne y coordine para el bien común las actividades individuales.

Consecuentemente, la autoridad existe en el Estado por disposición de la voluntad divina, y obedecer a la autoridad pública es obedecer indirectamente al propio Dios. Por lo tanto, el carácter divino de la autoridad reside en ella propia, independientemente de su modo de transmisión y de ejercicio. En una palabra, es divina la autoridad monárquica, como la democrática o la aristocrática.

Con todo, en el sentir de Santo Tomás de Aquino[3], la democracia es en sí una forma de gobierno legítima, más inferior a las demás. Tal inferioridad solo encuentra paliativo en una aplicación mucho más profunda de los principios católicos.

La democracia coloca en las manos del pueblo el poder público. Así, pues, exige de todos los ciudadanos, además de las virtudes individuales y privadas, gran suma de virtudes políticas. Ahora, es incontestable que la más segura garantía de la moralidad se encuentra en la formación religiosa seria de la nación.

Así, ¿cómo concebir una república sin instrucción religiosa sólida y profunda? ¿Cómo concebir una república que no oficialice el culto de sus ciudadanos, para dar más influencia y prestigio a las fuerzas morales de que precisa para vivir sin caer en la demagogia?

Si la República brasileña no quiere pender hacia la demagogia –peligro más próximo de lo que suponemos– comprometiendo el futuro de la Patria, deberá adoptar una política ampliamente católica, abandonando de una vez por todas el laicismo tremendo que hasta hoy nos ha disgustado.

---

1) Conferencias utilizadas para la composición de los artículos del presente número: 22/6/1973, 23/6/1973, 6/12/1978, 4/10/1983, 16/11/1986, 30/4/1988, 3/9/1988, 7/9/1988, 10/9/1988, 17/9/1988, 14/1/1989, 28/1/1989, 11/2/1989, 16/12/1989, 11/2/1990, 14/9/1991, 25/4/1992, 7/8/1993.

2) Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *"A Igreja e a República"*. In *"A Ordem"* n. 25, marzo de 1932.

3) *Suma Teológica I*, q. 103, a. 3 e *De Regimine Principum* 1, 2, 3, 5.

Declaración: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

¡Intervenid, Señora, cuanto antes!



Permitid, oh Madre y Reina nuestra, que presentemos una súplica en la cual depositamos lo mejor de nosotros mismos.

Considerad, Señora, cómo vuestro Nombre y el de vuestro Divino Hijo son ultrajados en toda la Tierra por las blasfemias y por la violación continua y ostensiva de la Ley de Dios.

Considerad cómo el inmenso mar de impiedad ya se extendió por todo el Orbe y amenaza cubrir las pocas ruinas que todavía no consiguió abatir enteramente.

Considerad —¡oh, supremo dolor!— que incluso en la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, nuestra Madre infalible, indestructible, santísima e indeciblemente querida, ese mar penetró en proporciones que aturden y afligen nuestras almas.

Mirad, oh Sede de la Sabiduría, cómo tantas almas van siendo devoradas por el demonio en medio de esas tinieblas.

Oh Madre nuestra, no podemos soportar más la visión de este cuadro dantesco. Es vuestra gracia que nos inspira la indignación más ardiente, el rechazo más profundo, la execración más aguerrida contra lo que allí está.

Oh Señora, que sois terrible como un ejército en orden de batalla, venid cuanto antes, os lo imploramos de rodillas, para derrumbar este orden de cosas diabólico, lanzar al Infierno a los demonios, herir, dispersar y aniquilar en toda la faz de la Tierra a los secuaces de él, y, por fin, implantar sobre la piedra angular de la devoción a Vos la era bendita de vuestro reinado en el mundo. Es lo que humildemente os imploramos, pidiéndoos que nos asistáis con vuestra fuerza para que seamos batalladores terribles e indómitos en los días que se aproximan. Así sea.

(Sin registro de fecha. Compuesta, probablemente, en la década de 1960)

Nuestra Señora Auxiliadora — Parroquia María Auxiliadora, ciudad de México

Rijksmuseum(CC3.0)

I

La Liga Electoral Católica, un lance audaz por la Santa Iglesia Católica y por el Brasil



El Dr. Plinio en 1937

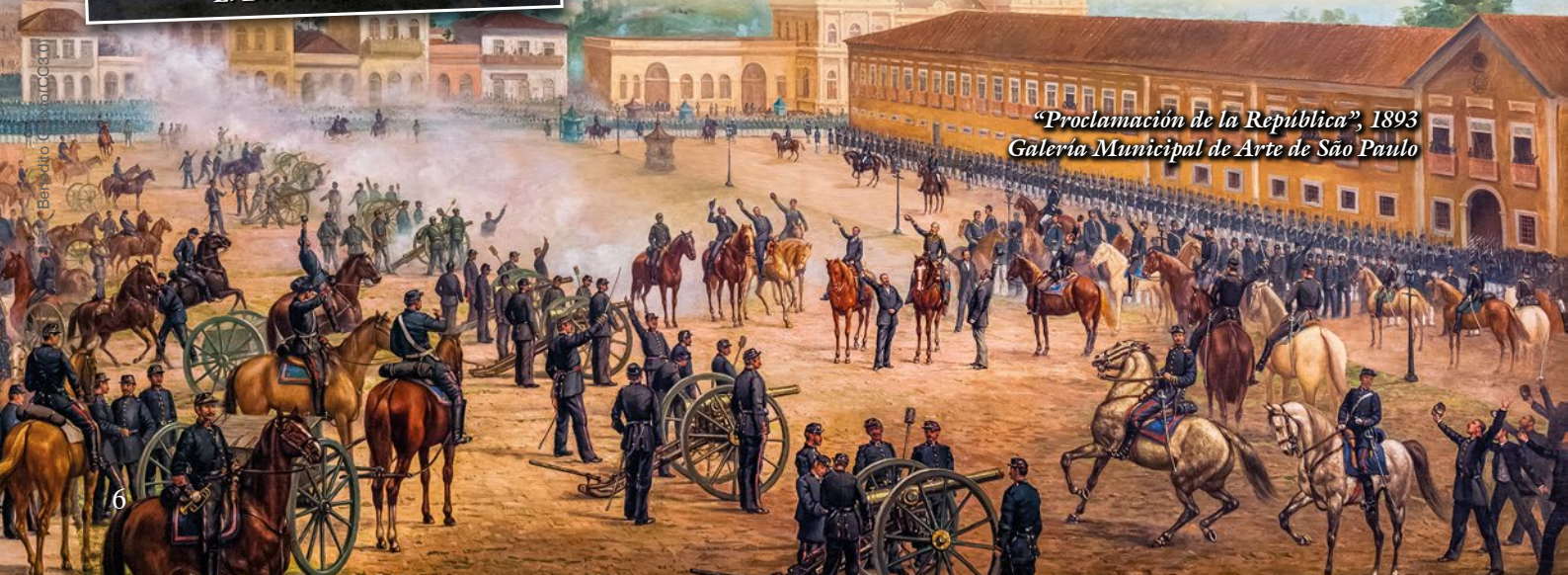
Archivo Revista

Recién graduado de la facultad de derecho, el Dr. Plinio ideó una nueva forma para que los católicos ejercieran influencia y actuaran en Brasil. Se redactaría una nueva Constitución y era necesario defender los intereses de la Iglesia, que habían sido marginados tras la Proclamación de la República.

El período de gloria y expansión de mi actividad personal fue de 1928 a 1938.

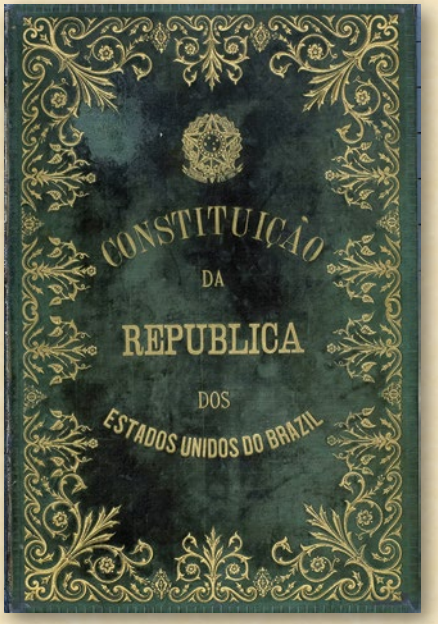
La Constitución: Ley Fundamental de una Nación

En aquel entonces, Brasil estaba dividido en 21 estados. Y, como se sabe cualquier país cuenta con leyes que determinan la organización de cada Estado, su grado de autonomía y la influencia del Gobierno Federal sobre cada uno de ellos, con el fin de garantizar la unidad nacional. La ley también determina la organización del Gobierno Federal y las responsabilidades del Presidente de la República como Jefe



"Proclamación de la República", 1893
Galería Municipal de Arte de São Paulo

Benedito Calixto(CC3.0)



Arquivo Nacional (CC3.0)

Portada de la Constitución de la República de Brasil, 1891

del Estado, las facultades de la Cámara de Diputados, el Senado y el Tribunal Supremo Federal, así como la organización de los distintos ministerios, los municipios y, en definitiva, la estructura política del país. Todo esto forma parte de la Ley Fundamental, denominada Constitución. También incluye, en términos generales, las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Brasil vivió bajo un régimen monárquico hasta 1889. Hasta entonces, la religión católica era la religión oficial del país. Esto significaba que, en la Constitución, las leyes se regían por la ley divina. Con la proclamación de la República, se abolieron todos los antiguos privilegios de la Iglesia Católica.

En el Brasil imperial, los esplendores de la Civilización Cristiana

En la época en que la Iglesia estaba unida al Estado, los grandes actos de la vida pública tenían un marcado carácter religioso.

Por ejemplo, la coronación del emperador era realizada por el obispo en la Capilla Imperial[1], en la ciudad de Río de Janeiro, que en aquel entonces funcionaba como capital del país. La corona era bendecida, y en su punto más alto, lucía una cruz, para indicar que la Civilización Cristiana imperaba en todo Brasil. De hecho, las coronas de los monarcas solían ser así.

El emperador recibía la bendición de la Iglesia, era ungido por el obispo, no como la unción de los reyes de Francia, sino casi como ungido del Señor para gobernar Brasil. Juraba defender los derechos de la Iglesia y observar la Constitución.

Cuando había procesiones con el Santísimo Sacramento, las tropas del Ejército y la Marina las acompañaban, formando filas a ambos lados. Luego desfilaban, y se daba una orden que los estados seculares suprimieron: «¡Arrodillarse ante el Santísimo Sacramento!». Todos se arrodillaban, en señal de respeto ante el Santísimo Sacramento que pasaba. Había una fanfarria especial para este momento, además de músicas sacras.

Esto no solo ocurría en los días de procesión. Los tiempos eran diferentes, las calles, menos transitadas y las ciudades, mucho más pequeñas. Cuando el Santísimo Sacramento salía para ser llevado a un moribundo, la campana de la iglesia sonaba para avisar a todos que, si lo deseaban, podían acompañarlo por las calles para rendirle homenaje.

Si la procesión pasaba ante algún oficial militar, éste se arrodillaba en señal de saludo. Si había una tropa en maniobras, obedecía inmediatamente la orden de arrodillarse; e incluso si se trataba de un destacamento de caballería, debían desmontar y arrodillarse, ¡porque el Santísimo Sacramento estaba pasando!

Esto ya no se da. Se cuenta esto para hacernos una idea de cómo era un país de civilización católica y para que vean cuán secularizados, degradados y ateos estamos desde ese punto de vista. Es tan diferente del mundo que conocimos…


Carlos Marin (CC3.0)


Museu Imperial (CC3.0)

Coronación de Don Pedro II a los 15 años, el 18 de julio de 1841.
Imagen destacada: Corona Imperial de Brasil - Museo Imperial, Petrópolis

Otras prerrogativas de la religión católica

Otra forma de enfatizar la Iglesia Católica era la siguiente: los no católicos no podían promover su religión. No tenían derecho a propagar herejías.

No estaba prohibido tener un lugar de culto, pero éste no podía tener la forma externa de un templo; podía tener la forma de cualquier tienda de campaña, fábrica o casa particular, y en su interior podían organizarlo como quisieran. La forma de templo estaba reservada únicamente para los edificios de la Santa Iglesia Católica, la única Iglesia verdadera de Nuestro Señor Jesucristo.

El párroco era quien registraba y expedía los certificados de nacimiento, para que los niños pudieran ser bautizados al nacer, y también los certificados de matrimonio, que ya tenían validez civil. El matrimonio civil solo existía para quienes no eran católicos.



Divulgação (CC3.0)

Claro Jansson (CC3.0)

A la izquierda, el presidente Washington Luís Pereira de Sousa. Arriba, Getulio Vargas pasando por Itararé (SP) camino a Río de Janeiro, tras la caída de Washington Luís.

En materia matrimonial, prevalecía la ley de la Iglesia. El divorcio estaba prohibido. Si alguien deseaba una separación —separación sin permiso para volver a casarse— o la anulación del matrimonio, debía solicitarla ante los tribunales eclesiásticos y no ante los estatales. Porque solo quienes confieren un sacramento pueden reconocer su nulidad, es decir, la Iglesia Católica.



Henrique Bernardelli (CC3.0)

Mariscal Deodoro da Fonseca - Museo de la República, Río de Janeiro

Una atmósfera religiosa caracterizaba el entorno social.

Y un punto muy importante: en todas las escuelas públicas, la instrucción religiosa católica era obligatoria, a menos que los hijos de padres no católicos no quisieran recibir clases de religión; la enseñanza de otras religiones estaba prohibida. Había un crucifijo en las aulas, y los maestros que lo deseaban podían comenzar y terminar las clases con una oración. El catecismo era impartido por maestros designados por los obispos, en todas las escuelas públicas y en las cárceles; había capellanes para las Fuerzas Armadas del país.

Así, una profunda atmósfera religiosa impregnaba todos los aspectos de la sociedad. A lo largo de la historia del país, la Iglesia estaba presente y era objeto de la mayor veneración y muestras de respeto, dado que el Estado era oficialmente católico.

Del secularismo a la reivindicación de los derechos de la Iglesia.

Cuando el mariscal Deodoro da Fonseca proclamó la República[2], se emitió de inmediato un decreto que separaba la Iglesia del Estado, adoptándose el sistema de Estados Unidos, país laico desde sus orígenes, cuyo Estado era independiente de todas las religiones, sin reconocer ninguna como verdadera y garantizando la libertad de todas.

La República lo cambió todo: a partir de entonces, se inició la educación laica, desaparecieron los crucifijos de las escuelas; ya no había capillas católicas en las cárceles ni en las fuerzas armadas; el matrimonio pasó a ser un acto de registro civil. Todo se secularizó debido a la Constitución republicana de 1891. Y así permaneció hasta 1930.

En 1930, con la caída del presidente Washington Luís y el ascenso

Bain News Service (CC3.0)



Marqués General Édouard de Castelnau

de Getulio Vargas, existían dos partidos políticos en Brasil.

El Partido Republicano, del Gobierno, y el Partido Demócrata, de la oposición. Por sus nombres, vemos que, ideológicamente, eran lo mismo. Tenían intereses particulares diversos, pero sus ideologías eran idénticas. Ambos eran laicos. Así, independientemente del partido que llegara al poder, el laicismo se mantenía.

Algún tiempo después, tras la Revolución Constitucionalista de 1932, Getulio Vargas decidió convocar elecciones para la formación de la Asamblea Nacional Constituyente, que debía establecer las nuevas leyes de Brasil. La Jerarquía estaba interesada en la aprobación de leyes conforme a la doctrina católica y, por lo tanto, decidió crear un órgano capaz de elegir diputados que trabajaran por los objetivos de la Iglesia.

Existía un gran temor de que se creara una Asamblea Constituyente con disposiciones contrarias a las de la Iglesia. Se trataba de asegurar para el Estado brasileño, un Estado laico, algunos privilegios importantes a favor de la Santa Iglesia.

¿Y cuáles eran los intereses católicos en aquel momento? El comunismo comenzaba a arder; era necesario tomar medidas que llevaran al Gobierno y a la Constitución a reprimirlo.

En segundo lugar, yo quería, al mismo tiempo, aprovechar la ocasión para ver si formábamos en la Asamblea Constituyente, una coalición de todos los diputados católicos.

La Liga Electoral Católica

Era imprescindible establecer un grupo parlamentario católico para avanzar significativamente y crear una Constitución radicalmente católica.

La experiencia es la madre de la ciencia.

Me enteré de la existencia de un organismo electoral francés a través de un folleto que describía esta entidad, formada por el general de Castelnau[3], uno de los grandes generales franceses de la época de la Primera Guerra Mundial, y me pareció excelente para São Paulo.

Busqué a un líder católico de la época, un hombre brillante con quien mantuve una excelente relación, ya fallecido: Alceu Amoroso Lima, cuyo seudónimo literario era Tristão de Ataíde[4]. Propuse la fundación de la Liga Electoral Católica para elegir diputados católicos.

Dom Leme[5], entonces arzobispo de Río de Janeiro, estuvo de acuerdo y nos encomendó a Tristão, a mí y al ingeniero que construyó el Cristo Redentor, Heitor da Silva Costa[6] de que redactásemos los estatutos. Una vez redactados, se los presentamos, quien hizo algunos pequeños ajustes y los aprobó.

Se fundó la Liga Electoral Católica. La noticia se extendió entre todos los arzobispos y obispos de Brasil, animándolos a fundar Ligas Electorales Católicas en sus respectivas diócesis.

Reconquista de ventajas de la época del Imperio.

Dom Duarte Leopoldo[7] fundó una Liga aquí en São Paulo y me invitó a ser Secretario General, teniendo en cuenta que este cargo era el alma de las asociaciones en aquel en-



El Dr. Plinio en la reunión fundacional de la LEC, en el auditorio de la Curia Metropolitana de São Paulo. En primer plano, de arriba a abajo, el Cardenal Sebastião Leme, Dom Duarte Leopoldo e Silva, Monseñor Gastão Liberal Pinto y el Dr. Alceu Amoroso Lima.

ACMSP (PF-03-03-05) / ACMSP (PF-04-01-27) / Biblioteca do Colégio São Luís

tonces[8]; el presidente era, por lo general, una figura destacada.

La Liga Electoral tenía una junta directiva formada por personas propuestas por mí al Vicario General, Monseñor Gastão Liberal Pinto; él la llevó a Don Duarte, quien la aceptó, y así se formó la Liga.

El tratado hecho por Dom Duarte estipulaba que la Liga Electoral Católica apoyaría a los diputados paulistas, exigiendo como condición el reconocimiento e incorporación a la Constitución, de las ventajas existentes durante el Imperio: primero, la educación religiosa en las escuelas públicas; segundo, la presencia de capellanes en las cárceles, en los cuarteles de las Fuerzas Armadas y en otras organizaciones gubernamentales; tercero, un punto crucial: la prohibición del divorcio; y cuarto, el reconocimiento del matrimonio religioso en el registro civil.

Era un programa bastante moderado para mi gusto, porque no pedía todo lo que podría haber pedido y que me hubiese gustado que pidiera. Mi proyecto era, si fuera posible, acabar con la separación entre Iglesia y Estado. No habría Estado laico, sería católico, y la Iglesia Católica sería la única reconocida como oficial. ¡Y otras cosas que me entusiasmaban muchísimo!

Nuevo frente en la calle Wenceslau Brás

Una vez establecida la Liga Electoral Católica, Dom Duarte nos facilitó tres amplias salas de un edificio perteneciente a la Curia, en la calle Wenceslau Brás. Allí estaba mi despacho, con muy buenos muebles y, en un rincón, un escritorio y un tintero, que D. Duarte había mandado comprar para las reuniones de la junta directiva.

Había otra sala grande, destinada al proceso electoral, donde se preparaban las tarjetas de registro de votantes. Al fondo, había un salón donde se tomaban las fotografías de los votantes para incluirlas en sus respectivos registros; era muy útil contar allí con el fotógrafo. Nosotros éramos quienes enviábamos las tarjetas de registro al Tribunal Electoral y dábamos seguimiento al proceso. En caso de haber alguna dificultad, avisábamos.

Orador ardoroso, diputado en potencia

Yo era ya orador. Cuando ingresé en la Facultad de Derecho, la oratoria aún se conservaba muy bien, aunque no recuerdo haber pronunciado ni un solo discurso allí. Me crie en un ambiente donde la oratoria era fundamental, y me pareció natural que algún día esos dones inmanentes en los antiguos claustros de la Facultad de Derecho, se desarrollaran en mí y, que un día yo también llegara a ser orador.

Me di cuenta de que el Movimiento Católico era grande, pero no sabía si todos, al momento de votar, seguirían las directrices de la Liga Electoral Católica o no, ya que nunca había existido un partido católico en Brasil.

Así que comencé a dar discursos, no para postularme como candidato, sino para demostrar que se debían seguir las directrices de la Liga y presentar las ventajas de esas demandas para los católicos, concluyendo que ellos deberían votar por los candidatos indicados. Yo no era candidato, pero se entendía que, al dar discursos y justificar esos principios con tanta vehemencia, era un posible candidato.

Como tenía facilidad para hablar en público y caía bien a todo el mundo, me invitaban con frecuencia a dar discursos y conferencias en asociaciones religiosas de São Paulo y otros lugares. Viajé lejos, incontables veces. Fui a Río de Janeiro; hice viajes cortos, largos con menos fre-



ACMSP (PF-05-03-17)

El Dr. Plinio dando un discurso en el Teatro Municipal de São Paulo, a mediados de la década de 1930.



Arquivo Revista

El Dr. Plinio dando un discurso a principios de la década de 1940.

cuencia, porque toda mi vida había tenido una extraordinaria aversión a viajes largos. Pero, cuando se presentaban como una buena oportunidad para el apostolado, los aprovechaba. Y gracias a ello, me di a conocer rápidamente.

En varias ocasiones hablé en el Teatro Municipal y en otros teatros del interior, como los de Campinas y Santos. Un lugar con el que tuve mayor contacto como zona electoral —por razones difíciles de ser comprendidas y también de ser explicadas— fue la zona norte, donde se ubica Aparecida. Me parecía la región más tradicional y católica, donde, por lo tanto, la influencia de la Iglesia sería mayor.

Como a veces no había grandes salas de conferencias, hablaba en las iglesias, desde el propio púlpito; cubrían el altar mayor, ya que en estas condiciones el Derecho Canónico permite que los laicos se dirijan al público.

Muy a menudo, el obispo presidía la sesión y me dedicaba unas palabras de elogio antes de que comenzara, y al final elogiaba lo que había dicho. Yo me acercaba y, en público, le besaba la mano y le pedía su bendición. Todo esto se realizó con extraordinaria concordia.

Una solución magistral para un discurso en la oscuridad

¿Cómo daba discursos? De la misma manera que hago las reuniones: llegaba y hablaba… Nunca fui de prepararme mucho; voy diciendo lo que me parece apropiado o adecuado en la hora. Durante las reuniones, mantengo la mirada fija en los asistentes. Es natural, porque necesito adaptar mi discurso a mi audiencia, esté cerca o lejos. Pero si, por ejemplo, se apagaban las luces, me sentiría inseguro sobre el discurso que iba a dar, porque la mirada de mis oyentes es la guía de mi discurso o de mi reunión.

Una ocasión difícil para mí fue cuando di un discurso en la Catedral de Taubaté. De repente, se apagaron las luces. El contacto con el público desapareció por completo, reinaba la tensión; todos temían que fuera un atentado o algo parecido. No fue nada. Pero estar en una iglesia a oscuras, llena de brasileños, esperando a que entraran a buscar una vela; quienquiera que fuera iba despacio, tardaban un rato en encontrarla y volvían cargando la vela en un platito…

Y pensé: "O me callo porque se fue la luz, o sigo, a pesar del apagón. Si me callo, demostraré timidez; si sigo, nadaré a tientas, porque no sé a quién le hablo. Hablaré de todas formas, porque es mejor navegar errado que dejar que el barco se hunda".

Continué mi discurso durante un buen rato con las luces apagadas, creo que incluso aludí a la oscuridad. Finalmente, se encendió la luz y seguí hablando. Me di cuenta de que todos me prestaban atención y que consideraban una hazaña que hubiera continuado el discurso. Cuando terminó, ¡todos aplaudieron con mucha fuerza! Los brasileños son fanáticos. Animan al equipo para ver si lo logran y, al ver la victoria, se alegran mucho y aplauden.

Así comenzó mi candidatura... ❖

---

1) El reinado de Pedro I comenzó el 1 de diciembre de 1822; el de Pedro II el 18 de julio de 1841.

2) Gobernó el país desde la Proclamación de la República, el 15 de noviembre de 1889, hasta el 23 de noviembre de 1891, fecha en que renunció al cargo.

3) *Fedération National Catholique*, planeada por el marqués general Édouard de Castelnau (*1851 - †1944).

4) (*1893 - †1983).

5) Sebastião Leme da Silveira Cintra (*1882 - †1942).

6) Ingeniero y profesor (*1873 - †1947).

7) Dom Duarte Leopoldo e Silva (*1867 - †1938).

8) El plan para la ejecución de la Liga Electoral Católica dice: "El alma estará en el Secretario General, quien deberá ser alguien no solo de prestigio, actividad y competencia a nivel local, sino, sobre todo, de absoluta confiabilidad e incapaz de desviaciones, debilidades y corrupción, para interés personal o el de partidos, de su cargo como portavoz de la Liga" (*Plan para la ejecución de la Liga Electoral Católica*, 1932. Archivo privado).

9) Vicario General de São Paulo en 1930 y más tarde Obispo de la Diócesis de São Carlos (*1884 - †1945).

Santoral



Beato Manés de Guzman

1. San Zhang Huailu, mártir (+1900). Martirizado en tiempos de la persecución de los Boxers, en Zhuhedian, China.

2. San Lídano, abad (+1118). Siendo muy niño entró al monasterio de Montecassino, para seguir vida religiosa. Con el tiempo fundó el monasterio de Sezze, en la región del Lacio, el cual dirigió durante varios años.

Santa Monegunda, reclusa (+557).

3. Santo Tomás, Apóstol (+s. I). Según la tradición, evangelizó en la India.

San Memnón, centurión y mártir (+c. s. III). Convertido a la fe por San Severo, en el tiempo de Diocleciano y Maximiano, fue sometido a atroces suplicios, después de los cuales recibió la palma del martirio.

4. Santa Isabel de Portugal, reina (+1136).

Beato Pedro Kibe Kasui, presbítero, **y ciento ochenta y siete compañeros,** mártires (+1603–1639). Víctimas de la persecución religiosa en Japón, beatificados en el año 2008.

5. XIV Domingo del Tiempo Ordinario

San Esteban de Nicea, obispo y mártir (+c. 78). Según la tradición, acompañó a San Pablo Apóstol, quién lo eligió Obispo de Reggio Calabria, donde llevó a cabo un apostolado muy fecundo.

6. Santa María Goretti, virgen y mártir (+1902).

Santa Monena, abadesa (+517). De las primeras santas de Irlanda, fundadora del monasterio de Killeevy, que rigió santamente, dando excepcional ejemplo de austeridad.

7. Beato Carlos Liviero, obispo (+1932). Fundador de la Congregación de las Pequeñas Siervas del Sagrado Corazón.

8. Santa Landrada, abadesa (+690). Hija espiritual de San Lamberto de Maastrich, fue una de las fundadoras y primera abadesa del monasterio de Bilsen, en el Brabante, actual Bélgica

9. Bienaventurada Virgen María del Rosario de Chiquinquirá, patrona de Colombia.

Santa Paulina del Corazón Agonizante de Jesús (Amábile Visintainer), virgen (+1942).

Beato Adriano Fortescue, padre de familia y mártir (+1539). En el reinado de Enrique VIII, este Caballero fue acusado falsamente de conspiración, dos veces encarcelado en el reinado de Enrique VIII y finalmente decapitado en Londres.

10. Beata María Gertrudis de Santa Sofía (María Gertrudis de Ripert de Alauzin) e Inés de Jesús (Silvia Inés de Romillón), vírgenes y mártires (+1794). Religiosas de la Orden de Santa Úrsula, martirizadas durante la Revolución Francesa.

11. San Benito, abad (+547). Patriarca de los monjes en el occidente del mundo católico y Patrón de Europa.

San Pío I, papa (+155).

12. XV Domingo del Tiempo Ordinario

Santa Inés Lé Thi Thánh (Dé), madre de familia y mártir (+1841). En el tiempo del emperador Thieu Tri, en la provincia de Nihn Binh, Tomquim, padeció durísimas torturas por ocultar en su casa un sacerdote y no abjurar de su fe; murió en la cárcel.

13. San Enrique, Emperador (+1024).

Santa Mirope, mártir (+s. III/IV). Venerada en la isla de Quios, Grecia, en el mar Egeo.

14. San Camilo de Lelis, presbítero (+1614). Fundador de la orden de los "Ministros de los Enfermos", conocidos como los Padres Camilos.

15. San Buenaventura, obispo y Doctor de la Iglesia (+1274).

San Vladimir de Kiev, príncipe (+1015). Nieto de santa Olga. Basilio es el nombre que recibe al ser bautizado después de su conversión. Diligenció innumerables emprendimientos para divulgar la Fe verdadera, entre los pueblos bajo su gobierno.

16. Bienaventurada Virgen María del Carmen. Fiesta instituida por el Papa Honorio III, el 30 de enero de 1226.

San Antíoco, mártir (s. III-IV). Venerado por su fe y dedicación como médico; martirizado en Anastasiópolis, Galacia. Es hermano de San Platón de Ancira.

17. Bienaventurados Ignacio de Azevedo, presbítero, **y treinta y nueve compañeros,** mártires (+1570).

San Fredegando, monje (+s. VIII). Probablemente oriundo de Irlanda, compañero de San Folián y de otros misioneros itinerantes.

18. Beata Tarsicia (Olga) Mackiv, virgen y mártir (+1944). Pertenecía a la Congregación de las Hermanas Esclavas de María Inmaculada. En Krystonópil, Ucrania, en tiempos de guerra, defendió la Fe delante de sus perseguidores, alcanzando doble victo-

ria: mantener su virginidad intacta y ganar la palma del martirio

19. XVI Domingo del Tiempo Ordinario

San Dio, arquimandrita (s. V). Cognominado El Taumaturgo, era natural de Antioquia, construyó en Constantinopla un monasterio bajo la Regla de los Acemetas.

Santa Áurea, virgen y mártir (+856). Hermana de los santos mártires Adolfo y Juan. Durante la persecución de los moros en Córdoba, Andalucía, dominada por el miedo, abjuró delante del juez; se arrepintió muy rápidamente y derramó su sangre por amor a Cristo.

20. San Elías, el Tesbita (a. C). Profeta del Señor en el tiempo de Acab y Ocozías, reyes de Israel. Exterminó a los profetas de Baal.

Beatas Rita Dolores del Corazón de Jesús (Rita Dolores Pujalte y Sánchez) y Francisca del Corazón de Jesús (Francisca Aldea y Araujo), vírgenes y mártires (+1936). Hacían parte de la congregación de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús. Durante la persecución en la Guerra Civil Española, capturadas en la capilla del colegio, por los enemigos de la Iglesia Católica, y acto continuo fusiladas en plaza pública.

21. San Lorenzo de Brindis, presbítero y Doctor de la Iglesia (+1619). Perteneció a la orden de los Hermanos Menores Capuchinos.

22. Santa María Magdalena, virgen (+s. I).

San Gualterio de Lodi, laico consagrado (+1224). Teniendo quince años de edad, recibió el hábito de los Hermanos Hospitalarios. Fundó un Hospital de la Misericordia, para peregrinos y enfermos, ubicado entre las ciudades de Milán y Piacenza.

23. Santa Brígida de Suecia, religiosa (+1373).

Beata Margarita López de Maturana, virgen (+1934). Fundadora del Instituto de las Mercedarias Misioneras de Bérriz.

24. San Declano, obispo (+c. s. V). Venerado como primer obispo de Ardmore, en la provincia de Munster, Irlanda.

Beata Luisa de Saboya, religiosa (+1503). Hija del Beato Amadeo, contrajo matrimonio con el príncipe Hugo de Chalon-Arlay; al quedar viuda, profesó como religiosa con gran humildad y fidelidad, en la regla de Santa Clara según la reforma de Santa Coleta.

25. Santiago el Mayor, Apóstol (+s. I).

Santa Olimpia, viuda (+408). Siendo aún muy joven, perdió su esposo, entonces tomó la decisión de permanecer el resto de su vida, entre las mujeres consagradas a Dios, en la Ciudad de Constantinopla. Colaboradada fiel de San Juan Crisóstomo, inclusive durante su exilio.

26. XVII Domingo del Tiempo Ordinario

San Joaquín y Santa Ana, padres progenitores de la Bienaventurada Virgen María.

Beatos Eduardo Thwing y Roberto Nutter, presbíteros y mártires (+1600). En el reinado de Isabel I, fueron condenados a muerte por ser sacerdotes católicos, en Lencastre, Inglaterra.

27. San Clemente de Ocrida, obispo (+s. IX-X). Rigió la diócesis de Bélica, fue discípulo de san Cirilo y san Metodio, cuya labor misionera continuó con sus compañeros Gorazdo, Nahum, Sabas y Angelario; ilustre por la cultura y conocimiento de las ciencias sagradas, llevó la luz de la Fe al pueblo búlgaro.

Santa Alfonsa de la Inmaculada Concepción (Ana Muttathupadatha), virgen (+1946). Para evitar un matrimonio a la fuerza, se quemó un pie colocándolo en el fuego. Admitida entre las Clarisas Malabarenses, vivió casi continuamente enferma, pero ofreció a Dios siempre su vida en Bharananganan, ciudad del estado de Kerala, India.

28. Santos Marta, María y Lázaro. Los tres hermanos de Betania, amigos íntimos de Jesús, que representan la acogida, la escucha y la fe en la resurrección.

Beato Urbano II, papa (+1099).

29. San Pedro Crisólogo, obispo y Doctor de la Iglesia (+c. 450).

Beato Manés de Guzmán, presbítero (+c. 1235). Hermano de sangre de santo Domingo, gran colaborador en la expansión de la Orden de Predicadores, encargado de fundar el convento de Paris; luego, fue designado como Director de las Dominicas de Madrid. Estaba vivo cuando se canonizó a su hermano y tomó la determinación de erigir una capilla en su honor en Calerega, Castilla, donde residió hasta su muerte.

30. San Ignacio de Loyola, presbítero y fundador (+1556).

Beato Nicolás Fukunaga Keian, religioso y mártir (+1633). Jesuita, alcanzó la gloria del martirio en Nishizaka, Japón.



Flávio Lourenço

San Camilo de Lelis



Archivo Revista

El Dr. Plinio en mayo de 1932

II

Católico militante, aceptando resoluto combatir por la Iglesia

A los veinticuatro años de edad, siendo candidato a diputado federal, el Dr. Plinio enfrentó con verdadera osadía las mil dificultades y contratiempos de este lance, los cuales vendrían a acrisolar su virtud y a confirmarlo interiormente en la misión que la Providencia le había confiado.

Para que toda São Paulo estuviese representada en la Constituyente, entendieron que no debería haber solo políticos.

La Lista Única por São Paulo Unido

Con la creación de la Liga Electoral Católica (LEC), la idea era hacer una coligación junto a dos grandes partidos políticos importantes de São Paulo: el Partido Republicano Paulista, representado por la población rural, sobre todo los líderes políticos y jefes de la zona del interior; el Partido Democrático, que representaba a la clase intelectual, unos y otros muy hermanos. Invitaron también a algunas fuerzas sociales y civiles, como la Federación de Voluntarios, organización de excombatientes civiles que había luchado a favor de la Revolución de 1932; y la Asociación Comercial de São Paulo, de los capitalistas y comerciantes.

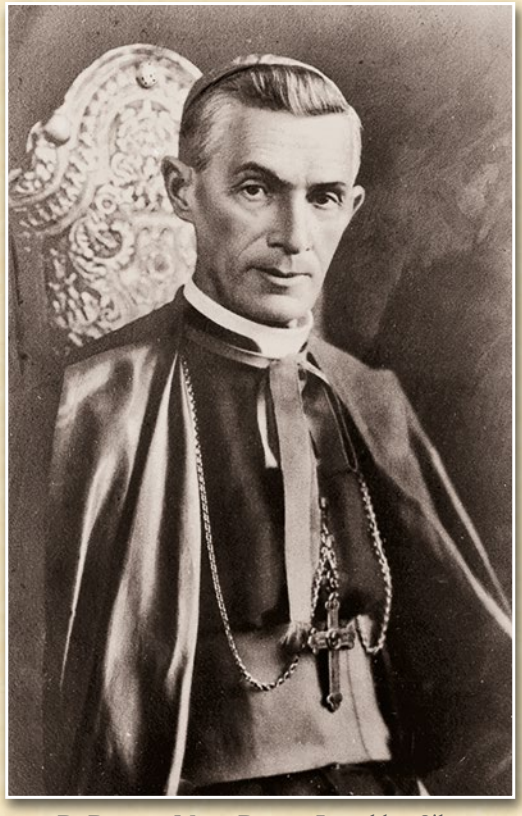
Mons. Duarte Leopoldo y Silva, el Arzobispo, aunque fuera de familia modesta, era un hombre de espíritu y modo de ser muy aristocráticos y tra-



Archivo Nacional (EE.UU.)

Imágenes de la Revolución de 1930





Divulgación

D. Duarte: Mons. Duarte Leopoldo e Silva

dicionales. Las fuerzas conservadoras lo invitaron a aliarse a ellas, por medio de la Liga Electoral Católica de São Paulo, organización de carácter religioso. Se formó entonces la Lista Única por São Paulo Unido.

Cada uno de los partidos debería indicar a cuatro diputados, a fin de ser elegidos por el pueblo paulista. Me parece que estaba bastante bien equilibrada la distribución.

Reunión para la elección de los candidatos indicados por la LEC

Cierto día, llegó el recado de Mons. Duarte para que la Liga se pronunciase sobre a quién propondría como candidatos.

El presidente de la LEC, Dr. Estêvão de Sousa Resende, me llamó por teléfono muy amable –él era verdaderamente paternal conmigo–, era un hombre mucho más viejo que yo, pero entusiasta mío y de los congregados marianos, en cuyo ambiente yo vivía. Yo tenía más o menos la edad de una de sus hijas, que cierta vez le contó a alguien de mi familia que, cuando él hablaba de mí, en casa, se deshacía en elogios.

En esa ocasión él me dijo:

— Plinio, Mons. Duarte mandó a reunir la dirección de la Liga Electoral Católica, pero conviene que tú no estés presente. Ve si quieres comparecer o no, pero mi consejo es que no comparezcas. La reunión se va a llevar a cabo en la sede de la Liga. Ten, por tanto, el salón y el café listos para la ocasión.

Yo había leído antes el libro de D. Chautard, "El alma de todo apostolado", ¡que me hizo un bien enorme! Su libro ponía bien claro que un hombre, para tener frutos de apostolado, debe ser completamente desapegado.



Divulgación (CC3.0)

Dr. Estêvão de Sousa Resende

—¡Claro que sí, Dr. Estêvão, está bien!

Percibí que Mons. Duarte quería que yo estuviese ausente; después supe que era porque propondrían mi candidatura.

A la hora indicada, todo estaba perfectamente listo, era solo mandar a traer café y bebidas heladas. Entonces, dirigiéndome al Dr. Estêvão, dije:

—Voy a estar en el piso de abajo. Si necesita algo, me manda a llamar.

Me retiré. Ellos se quedaron deliberando allá, durante algún tiempo, y yo me quedé poniendo al día mis oraciones, mientras caminaba por los corredores enteramente vacíos a esa hora; el horario laboral había terminado.

Reflexiones profundas, llenas de ausencia de pretensión

Me acuerdo que estuve muy inclinado a pedir para ser designado como candidato a diputado, pero hacía un esfuerzo en sentido contrario, increpándome a mí mismo: "Si tú no fueres designado, debes continuar con la misma fidelidad hacia Mons. Duarte, la misma sumisión y el mismo amor. No pidas a Nuestra Señora ser escogido, porque Ella de repente te atiende y, atendiéndote, se romperá la resolución de 'nada pedir y nada rechazar'[1] que tomaste como rumbo. ¡No pidas! Ella no necesita de tu opinión sobre lo que te conviene o no".

Me acuerdo que di innumerables vueltas por aquel cuadrilátero interno rezando el rosario, pidiendo a Nuestra Señora que dispusiese lo que quisiese a mi respecto. De modo que, para mi candidatura, ¡no moví ni una paja! E hice el firme propósito de no hacer carrera, porque percibía que era una oportunidad para mí.

Ellos tomaron mucho más tiempo de lo que yo suponía. A final me vinieron a avisar:

—El Dr. Estêvão de Sousa Resende le pide subir para tomar conocimiento de las deliberaciones.

Me dirigí a la sala y encontré a los miembros de la Junta sentados; me habían reservado una silla y el Dr. Estêvão, muy amable, me invitó a sentarme.

Entré y me senté. El Dr. Estêvão tomó la palabra:

—Mons. Duarte hizo la lista de candidatos a diputado que la Liga Electoral Católica deberá presentar, así como las demás corrientes, y tú fuiste designado. Él quiso que todos tuviéramos la libertad de debatir sobre tu persona en tu ausencia. Ahora bien, por unanimidad, todos estamos de acuerdo y aprobamos la indicación: ¡eres candidato! Si quieres, puedes postularte para diputado. Agradécele a Mons. Duarte.

Me felicitaron. Yo dije:

—Si Mons. Duarte deliberó, está decidido. ¡Yo entro en la lucha!

Tomé todo del modo más libre de pretensiones, para evitar apegos. Para mí era algo altísimamente promocional; un abogadito joven, graduado hacía poco, ¡propuesto de una vez como candidato a diputado federal!

Sin embargo, como yo aún me postularía a las elecciones, pensé: "Voy a quedarme quieto. No voy a contar en la Congregación Mariana ni le diré nada a nadie, hasta que en los periódicos salga la noticia. Cuando me pregunten, diré que es verdad.

Llegué a casa, solo le avisé a mi madre. En todo cuanto le pudiese ser lisonjero, ella era de una reserva extrema y tenía mucho miedo de que yo pendiese hacia el orgullo. Entonces recibió la noticia con distancia…: "Ah, sí. Está bien."



Archivo Revista

El Dr. Plinio en 1930

Repercusiones de la candidatura en el ambiente familiar

Dos o tal vez tres días después, los periódicos de la tarde, que eran en aquel tiempo más leídos que hoy, publicaron la noticia: "Elegida la Lista Única por São Paulo Unido. Los candidatos son…" Al final de la lista, el más joven de todos: Plinio Corrêa de Oliveira.

Esos periódicos se divulgaban un poco tarde, llegaban cuando estábamos todos cenando. El mesero los trajo en una bandeja de plata y quedaron a un lado. Conversando las banalidades de todos los días, terminada la cena, algunos abrieron los periódicos que daban las listas con mi nombre allí anunciado. Cuando me vieron ser designado como candidato, se quedaron con miedo de que yo tuviese una derrota retumbante.

—¿Qué es eso, Plinio? ¡Fuiste indicado como candidato para la Lista Única?

—¡Lo fui!

—¡Oh…! Pero, ¿no le dijiste nada a nadie?

—No…

Noté que, después de un primer movimiento de sorpresa por el asunto, hubo una especie de retraimiento y perplejidad en la mesa entera, porque yo era muy joven y me metía en aquella aventura política. Supe que corrió entre ellos después el run-run de que era una temeridad, una osadía de parte mía postularme, porque era joven, no tenía casi relaciones, me metía en aquella aventura política y sería, probablemente, derrotado. ¿No habría sido un error mío aceptar esa candidatura?

Era un cálculo político hecho sobre todo por señoras, que no entienden de política. Porque, para mí, aunque no fuese elegido, el solo hecho de que mi nombre fuese publicado ya era una ventaja colosal. Pero, eso que un hombre comprende, una señora… Más aún en aquel tiempo en que las señoras vivían mucho más alejadas de la vida pública, ellas no estaban bien a la par de esas cosas, no medían bien.

Finalmente, resolvieron no hacer comentarios, para que yo no perdiera el élan; deliberaron quedarse quietos.

Providencias de Doña Lucilia para recoger votos

Doña Lucilia se vio muy concernida en el caso. Yo había notado cierta inseguridad en ella, como quien dice: "¿La jugada habrá sido bien hecha o no? ¿Cómo saltó él dentro de eso y aceptó esa candidatura?" Porque, de hecho, me la ofrecieron y yo la acepté enseguida. Y quedó con mucho miedo de que yo no fuese elegido. Me acuerdo que, terminada la cena, yo la vi combinando con una

tía, hermana suya, algunas providencias para conseguirme votos.

Ellos tenían una idea tan imperfecta del poder de la Liga Electoral Católica, que yo me acuerdo de tíos, tías, parientes, mi madre —mi padre estaba en el interior—, haciendo llamadas telefónicas. Hicieron una lista para comenzar una propaganda, cuya meta era que yo no tuviese una votación vergonzosa. Valía la pena por lo menos evitar la vergüenza, para mí y para la familia, de una derrota sin votos.

Llamaron por teléfono a Santos, a un hotel llamado "Parque Balneario Hotel", donde mi familia iba con frecuencia a pasar los meses de invierno; hoy ya no existe. Contactaron al director, el Sr. Facarolli, pidiendo también a los meseros que votasen por mí. Ellas calculaban que eso hacía quince votos. Después, pidieron su voto a los inquilinos, a la comadre del criado, a las antiguas criadas de casa, que estaban empleados en otros lugares, y pidieron que hablasen con sus amigas. Escribieron a antiguos conocidos en el interior, y de ahí para afuera, pero en conjunto no darían cien votos.

Yo pensé con mis botones: "Si todo eso me da algunos votos más, siempre es una buena cosa."

Un donativo del tío Américo salva la situación

Ahora bien, comenzaron a aparecer las dificultades. La primera de ellas fue un aviso de Alcântara Machado[2], en una reunión: "Todos los candidatos deben contribuir con un conto de réis como cuota para los gastos de la Lista Única por São Paulo Unido."

Toda campaña electoral tiene gastos. Para imprimir las cédulas y esparcirlas por São Paulo, cada candidatura tenía que dar aquella cuantía, equivalente a diez mil reales de hoy.

Los candidatos eran hombres ya de edad, con cargos públicos, colocados en la vida, ricos, tenían dinero de sobra. Para ellos no era nada. Pero yo no tenía esa cuantía. Mi padre estaba mal de negocios, en una situación económica muy mala en ese tiempo, hasta estaba abogando en el interior para mantenerse. Mi madre y yo vivíamos en casa de mi abuela, que era dueña de casas de alquiler, que se encontraban en un período de deflación y con gran parte de sus casas desalquiladas. Ella no iba a contraer deudas, era una señora de 80 años, y las casas no rendían.

Llegando a casa, durante una cena, yo dije que no sabía cómo continuar con la candidatura.

La mesa estaba llena de parientes que tenían dinero en cantidad. Silencio… Comenzaron a conversar sobre otra cosa, lo cual equivalía a decir: "¡Arrégleselas!"



Archivo Revista

El tío Américo

Pensé: "Ahora naufragó mi candidatura, mi partida está perdida. Voy a decir allá que no tengo dinero, ni la familia de mi madre". La familia de mi padre era de Pernambuco, no tenía nada que ver con eso.

Ahora bien, yo tenía un viejo tío abuelo, ateo como él solo, pero que me estimaba; estaba sentado en la punta de la mesa, junto a mi abuela, era un hermano mayor que ella. Hubo cierta perplejidad, y él inmóvil, malhumorado, con la cara aborrecida. A propósito, era un hombre imponente, pero en esa época, ya viejo y muy neurasténico, tenía como habilidad saber temperar muy bien la ensalada de lechuga. Era el único momento de la comida en que salía de la neurastenia.

Al final de la cena, me dijo, malhumorado:

—Plinio, no te preocupes por eso —él era rico—, pasa mañana por el Hotel Terminus[3], a la hora que quieras, porque solo salgo al anochecer. Y allá te doy ese valor.

Le agradecí mucho, mi madre también. Fui allá al día siguiente, a recoger el dinero. Él era soltero. Había pasado el día entero solo, no sé con cuántos malos humores… Entré, él quedó un poco más amable, contó el dinero, me lo dio con mucha amabilidad ahí mismo.

Le agradecí y me fui. Lo llevé a la Lista Única, entré flamante con mi mazo de billetes, me dieron el recibo. Esa dificultad estaba superada.

Otra dificultad: no elegible por la edad

Otra dificultad fue cuando aparecieron titulares en los periódicos: "Impugnada la candidatura del Sr. Plinio Corrêa de Oliveira". Subtítulo: "No tiene edad suficiente para ser diputado"[4].


Divulgación

José Carlos de Macedo Soares

Era un run-run de que yo no era elegible, porque, por el Código Electoral, para ser elegido diputado era necesario tener, como mínimo, veinticinco años. Ahora bien, la elección se daría cuando yo tendría aún veinticuatro; luego, mi elección, si yo fuese diputado, sería nula.

Yo me enfadé con eso, no tenía propósito, porque la Constituyente se reuniría solamente de ahí a seis meses, período durante el cual yo completaría la edad necesaria. Entonces, si el diputado no puede tener veinticuatro, ¿un hombre que tendrá veinticinco años en la Constituyente puede ser diputado o no? ¡Una batalla! ¿Cómo interpretar la ley electoral? Esa era la cuestión.

Estando en mi casa, recibí una llamada: era uno de los candidatos a diputado, el Sr. José Carlos Macedo Soares, que me mandaba a decir que, si yo quisiese, él conseguía el parecer de un gran jurisconsulto a favor de mi punto de vista.

Fui a su casa y conversamos un poco. Le pregunté quién era el jurisconsulto.

—Es el Prof. Antônio de Sampaio Dória, de la Facultad de Derecho —había sido mi profesor de Derecho Constitucional y al menos daba la idea de que me conocía—, ¿quieres su parecer?

Acepté de buen grado.

Él fue al teléfono, y Sampaio Dória combinó que se encontraría conmigo al día siguiente, festivo, en un café que había en la *Rua XV de Novembro*, cerca del *Pátio do Colégio*, llamado, si no me engaño, "Café Guarany". Él hablaría allá conmigo y después iríamos a la Secretaría de Educación, donde tenía una oficina, a fin de conversar sobre el caso.

El Supremo Tribunal Electoral acepta la candidatura

Fui puntualmente al local, porque estaba dependiendo mucho de él. Cuando llegué, ya se encontraba allá, nos saludamos. Él se acordaba de mí, ordenó un café para que tomásemos, le expuse el caso, a lo cual él me dijo:

—Creo que tienes toda la razón. Voy a hacer un parecer.

Él daba opiniones muy anticatólicas en las clases, pero afirmó:

—Yo soy contrario a la participación de la Iglesia en la política. Pero, en este caso en concreto, como está Brasil, soy favorable. Y por eso me ofrecí a dar un parecer a tu favor.

Al día siguiente mandé a recoger en la Secretaría el parecer, que estaba excelente, completamente a mi favor[5]. Se trataba de enviarlo al Tribunal Electoral de Rio, la capital federal en aquel tiempo. Mandé a un amigo, un año y medio más joven que yo, a llevarlo. Él era muy hábil, con una labia extraordinaria, no había quien se resistiese a lo que él quería.

Finalmente, la cosa se fue al Supremo Tribunal Electoral, con pareceres de jueces, una verdadera lucha, y llegó, por fin, la decisión de que yo podía ser candidato. Al ganar la causa, mi candidatura quedó absolutamente consagrada.

¿Usurpando el cargo de otro?

Me acuerdo que, siendo aún candidato, apareció una circunstancia por la cual percibí que Mons. Duarte me había indicado para diputado contando con mi popularidad entre los congregados marianos, lo cual hacía mi elección más probable. Fui a visitarlo para agradecerle la indicación. Él, paternal, pero distante, me dijo:

—Vuestra merced fue indicado —es un modo antiguo de decir "tú"— porque Mons. Gastão Pinto dijo que vuestra merced arca con cualquier responsabilidad. Vamos a ver.

—Pero, Sr. Arzobispo, lo que yo pueda hacer, sin duda alguna, lo haré.

Él afirmó:

—¿Vuestra merced moviliza a todos los congregados marianos en esa elección?

—Los movilizo. No lo dude.

—Porque la propaganda debe ser hecha por los marianos. Es necesario que vuestra merced ponga esos millares de marianos de São Paulo, a todos luchando por el mismo punto.

—Sr. Arzobispo, le garantizo ese punto.

Terminada la visita, cuando llegué a la calle, me vino un escrúpulo de conciencia y me puse la siguiente pregunta: "Quizás Mons. Duarte me está indicando solo para que yo ponga a los marianos en movimiento. Todos los otros candidatos son hombres ilustres, con un pasado grande en São Paulo. Yo soy joven, con veinticuatro años. ¿Yo indirectamente no estaré usurpando ese cargo que debería ser dado a otro? La

perfecta obediencia sería que yo volviese donde él ahora y le dijese que pongo a los marianos en movimiento, aun cuando mi nombre no salga como candidato. Y que, por lo tanto, él puede contar con mi obediencia enteramente. No es necesario darme ningún cargo, no necesito eso para dedicarme enteramente."

Sin embargo, algo me decía que era mejor no hacer eso y aceptar mi candidatura. Pasé así unos dos o tres días en la indecisión. Por fin, pensé: "Estoy tan comprometido en esto, que no tengo derecho a resolver el problema por mí mismo. Voy a procurar a un padre y preguntarle cuál es mi deber. Lo que él me indique, lo haré."

En las vías del total despojamiento de sí mismo

Resolví consultar al P. Danti[6], jesuita del Colegio San Luis, conocido como uno de los mejores solucionadores de casos morales en la Arquidiócesis de São Paulo.

Me acuerdo que él me recibió en su cuarto, sentado frente a su escritorio. Me senté en una silla a su lado, no era confesión, era una consulta. Él estaba de lado, mirando hacia adelante. Tenía un perfil florentino, con los labios delgados, parecía una figura de una medalla acuñada en marfil.

Él me preguntó:

— Entonces, Dr. Plinio, ¿qué hay?

Le expuse el caso.

Me acuerdo hasta hoy de su actitud, mirando sin la menor reacción. Después de mi exposición, él se giró un poco hacia mí, se quitó el birrete, lo colocó encima de la mesa, era un día de calor, y se quedó mirándome muy serio.

Yo pensé: "Lo que oiré ahora va a decidir mi vida, Nuestra Señora es quien dará el rumbo, yo quiero ir hacia donde Ella me indique."

Él puso la mano sobre la mesa y me dijo:

—Vea: si el Arzobispo lo invitó… ¿Ud. pidió el cargo?

—No.

—¿Ud. hizo alguna presión para ser nombrado?

—Ninguna.

—Oiga, Doctor, puede ser que el Arzobispo haya hecho ese cálculo. Pero no fue Ud. quien se lo sugirió a él. Quien es responsable ante Dios por los actos de él es él, no Ud. No hay por qué meterse en la mente de él para descubrir lo que él pensó, para de ahí ver si le cabe algún deber a Ud. Puede ser, de hecho, que él le haya dado ese cargo para recibir los votos de todos los marianos. Es posible. Entonces, Dios es quien quiso que Ud. tuviera esa influencia. Inclusive, a veces, Dios permite que una persona haga un cálculo que no es el más certero —pues Ud. haría esto mismo sin ser candidato— porque Él quiere que Ud. sea candidato a diputado. Si Mons. Duarte quisiere sacarlo del cargo antes de la elección, acepte con mucha alegría. Si él no quisiere sacarlo, trabaje valientemente para ser elegido.

Él era un sacerdote de mucho respeto, yo no podía preguntar: "Pero, ¿eso es así mismo?" Para quedar con la conciencia enteramente tranquila, yo, abogando contra mí, presenté la cosa de otra forma.

—Ud. no imagina cómo me alivió este consejo, porque realmente yo tenía una duda muy desagradable en este punto.

Él se giró hacia mí con una sonrisa grande y dijo:

—¡Puede estar tranquilo!

Le agradecí, bajé, salí tranquilo, me pareció que estaba muy bien pensado y fui a tratar de mi candidatura.

Ahí yo tenía una prueba segura de que yo estaba, de hecho, en la vía correcta. Pero, ¡cómo pasaba por el camino del despojamiento, ya en el inicio! Si, en cualquier época de nuestra vida, la Providencia no diere algo, lo primero es decir: "Esto es vuestro, quitadlo cuando quisiereis, yo estoy dispuesto a hacer hasta el recorrido de Job. ¡Si Vos me dais fuerza suficiente, sigo adelante!"

Entre los candidatos, el único líder católico

Yo representaba entonces a la Liga Electoral Católica como candidato de Mons. Duarte Leopoldo e Silva para diputado. El único conocido como verdaderamente católico era yo. De manera que todos entendían que la defensa de los intereses católicos debería quedar a cargo mío, en esa Lista.



Divulgación

El Profesor Antônio de Sampaio Dória

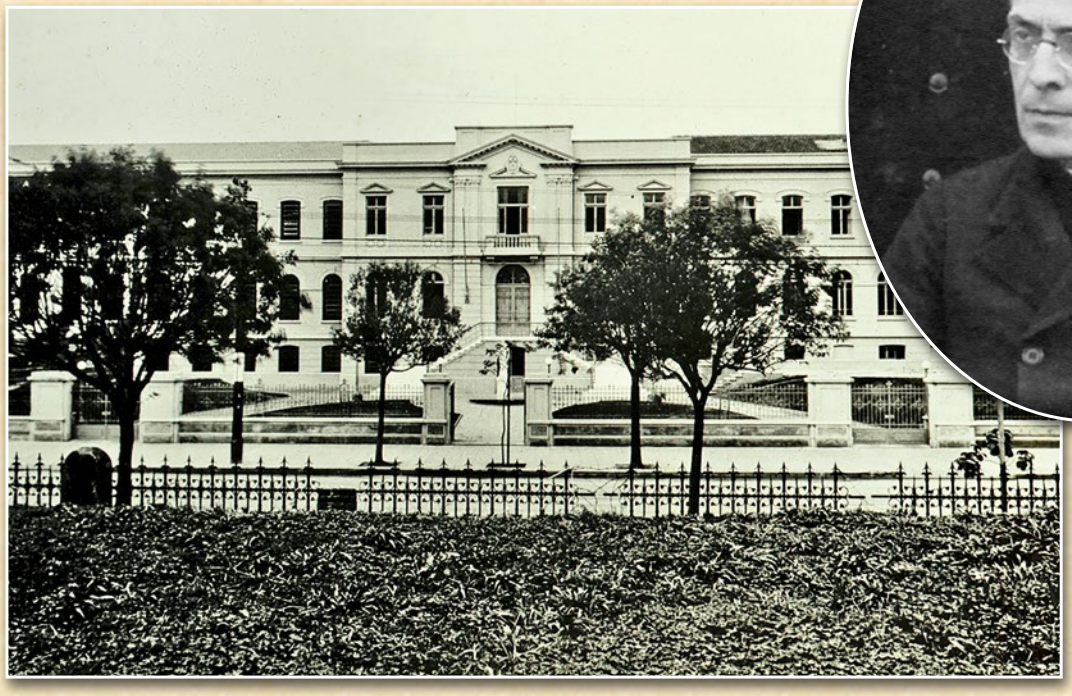
La Liga Electoral Católica comenzó moviéndose mucho; la única jugada política que hice fue una Circular que daba realce al nombre de los cuatro diputados, si no me engaño en orden alfabético, por tanto, el mío era el penúltimo. Pero, del medio católico militante, de esos cuatro, era solo yo; los otros tres eran políticos que serían o no católicos en su fuero privado. Yo pensaba: "Los votos de la Liga los tengo por esta Circular. Porque cometieron el error de meter a un solo candidato católico. Si pusiesen dos o tres, dividirían los votos y no entraba ninguno. Con apenas uno, toda la votación se concentraba en este uno. Si yo llevo toda la votación católica, llevé lo que se podría esperar de mí. ¡Yo soy católico! ¡Soy representante de la Liga Electoral Católica! Lo que se podría esperar de mí en mi edad, lo hice. Entonces, es mejor que yo sea candidato que no serlo. Yo quedo al frente."

Y en esas condiciones, hice toda la fuerza posible para que mi nombre fuese elegido. Y era lo que, realmente, Mons. Duarte esperaba de mí. Pero la fuerza del electorado católico era mucho mayor de lo que imaginábamos. Nunca había habido en Brasil candidatos católicos. ❖

---

1) Resolución de vida espiritual tomada por el Dr. Plinio de nada pedir a la Providencia en materia de intereses personales, excepto la santidad.
2) José de Alcântara Machado de Oliveira (*1875 - †1941), literato, jurista eminente, miembro de la Academia Brasilera de Letras y destacado político. Ejerció el papel de líder de la bancada paulista congregada en la Lista Única por São Paulo Unido, durante la Asamblea Constituyente de 1934. También fue profesor del Dr. Plinio en la Facultad de Derecho y director de ese centro entre 1931 y 1935.
3) Hotel destinado a la élite paulistana, situado otrora en la Rua Brigadeiro Tobias, 576, esquina con la Rua Washington Luís, sector considerado noble de la ciudad.
4) Así fue publicado en la "Folha da manhã": "El Sr. Plinio Corrêa de Oliveira, candidato de la Liga Electoral Católica inscrito en la Lista Única, de acuerdo con lo que noticiaron los periódicos, es inelegible, porque su edad no le permite pleitear las próximas elecciones" (SÃO PAULO EN LAS VÍSPERAS DEL PLEITO DEL 3 DE MAYO. ¿Es elegible el Sr. Corrêa de Oliveira? In: *Folha da manhã*. São Paulo. Año 13, No. 27.645 [18 abr. 1933], p. 13).
5) Trecho del parecer del Dr. Sampaio Dória: "Son ciudadanos brasileños los nacidos en Brasil. Luego, quien tenga 20, 24 o 30 años de nacido en Brasil, tiene 20, 24 o 30 años de ciudadanía brasileña. […] En el régimen actual, la elegibilidad se subordina a dos condiciones: 1) ser elector, esto es, estar en el ejercicio de los derechos políticos, haberse alistado como elector; y 2) tener más de cuatro años de ciudadanía. Evidentemente, esta última condición no tiene cabida, cuando se trate de ciudadano brasileño. Quien satisfaga la primera, ya sobrepasó por mucho la exigencia de la segunda. […] No hay texto de evidencia más palpable. La vacilación resulta de mero equívoco. Nada más" (SAMPAIO DÓRIA, Antônio de *apud* SÃO PAULO EN LAS VÍSPERAS DEL PLEITO DEL 3 DE MAYO. ¿Es elegible el Sr. Corrêa de Oliveira?, op. cit., p. 13).
6) P. José Danti, S.J.





Biblioteca del Colegio San Luis

En destaque, el P. José Danti, S.J. Al lado, Colegio San Luis, en la década de 1930

III
Diputado Sagaz y Vigilante


El Dr. Plinio en 1933

Archivo Revista

Los primeros embates del Dr. Plinio como candidato más votado de Brasil estuvieron marcados por una única ambición: la glorificación de la Santa Iglesia Católica. Ora con la espada en ristre, ora con las armas de la diplomacia, fue vigilante en la defensa del ideal y en relación con su propia alma.

El día de las elecciones, voté temprano y me dirigí con mi equipo a la sede de la Liga. Me quedé allí hasta bien entrada la tarde, para supervisar las elecciones y estar disponible para cualquier imprevisto que surgiera durante el periodo de votación. Fue un día relativamente tranquilo en la Liga.

Pequeño incidente y falsas complicaciones

Ahora bien, la calumnia no dejó de actuar. A cierta hora, contesté el teléfono:

—Es de la Liga Electoral Católica. ¿Quién habla?

Y una voz grave que me resultaba conocida, pero que no reconocí:

—¿Está el Dr. Plinio?

Respondí:

—Sí, señor, está al teléfono. ¿Quién quiere hablar?

—Soy el Arzobispo.

Pensé que se trataba de alguna broma de algún joven de las Congregaciones Marianas o algo por el estilo, y dije:

—Deje de bromear.

Él dijo:

—Es el Arzobispo Don Duarte quien habla.

Solo entonces, por el tono de su voz, reconocí que era él. Sabía hacerse respetar. Le dije:

—¡Ah, señor Arzobispo, lo siento!

—Acabo de recibir la noticia de que hay una situación gravísima: toda la circulación de los votos católicos en Campinas está colapsada, porque la Liga Electoral Católica no ha enviado suficientes papeletas. Estoy muy angustiado, ordene que lleven las papeletas, de lo contrario será un desastre.

—Señor Arzobispo, me extraña. El envío a Campinas se realizó, al igual que a todas las sedes diocesanas del interior, y cada una se encarga de distribuirlo a las ciudades.

—Pues me dicen, y de fuente muy segura, que no tienen.

—Voy a llamar a nuestra Junta en Campinas para ver qué ha pasado, y enseguida le informaré a Su Excelencia.

Llamé por teléfono y me informaron de que todo transcurría con normalidad. Era un rumor, y se lo comuniqué al Arzobispo:

—Tranquilícese, la información es falsa. En Campinas las papeletas están circulando sin problemas; la Liga Electoral de allí ha recibido todas las papeletas, la situación es normal. Su Excelencia verá que, en Campinas, lo que se esperaba para la Liga Electoral Católica, se alcanzó.

—Está bien, gracias. Vamos a ver.

Fue el único incidente del día. Era una mentira para ver si yo, por ejemplo, me impacientaba y tenía una falta de educación, que fuera el comienzo de una crisis. Bien conocemos el juego, no hay nada que decir.

Divulgación (CC3.0)



Escuela Estatal Consejero Antonio Prado en la década de 1930

Al candidato católico, apoyo macizo de las Hijas de María

Junto a la casa de un tío mío, había un enorme centro escolar[1], situado en la calle Vitorino Carmilo, en el barrio popular de Barra Funda. Este local se llenó por completo de mesas y urnas electorales, y un primo mío, hijo de ese tío, había dirigido una sesión como miembro de la mesa electoral.

A la hora del almuerzo volvió a casa, y mi tío le preguntó:

— ¿Cómo va la elección de Plinio?

Era ahijado de mi madre y se querían mucho. Él respondió:

—Mira, dile a la tía Lucilia que Plinio, a juzgar por mi mesa, está rotundamente elegido. ¡Porque estoy en la sección de la letra "M", y todas las "Marías" del barrio votan allí! Un electorado femenino colosal. ¡Está arrasando!

De hecho, el movimiento de las Hijas de María era enorme y el número de las que se llamaban María era muy grande.

Pero, ¿cómo podía saberlo si el voto era secreto? Es que las papeletas quedaban en la cabina electoral y las mías se acababan enseguida, por lo que él tenía que ir varias veces a traer nuevos paquetes, y al poco rato las "Marías" ya las habían agotado de nuevo. A veces, una votante joven, muy modesta, salía de la cabina y decía: "Quiero votar al Dr. Plinio y aquí dentro no hay papeletas suyas". Y se quedaban allí plantadas, hasta que mandaban traer más papeletas, no votaban a otro…

Pero eso era en una sección. Aún no se podía afirmar que fuera un resultado significativo.

La verdadera fuerza política de Brasil

La Liga Electoral Católica estaba creciendo mucho, tenía un electorado grande, pero yo no tenía ninguna idea real de la situación, porque mi oficina en São Paulo se encargaba del censo electoral de aquí y de otras dos o tres ciudades que, junto con São Paulo, formaban la arquidiócesis. Eran Jundiaí, Itú y alguna otra, pero en aquella época eran ciudades muy pequeñas. Cada Liga Electoral Católica dependía del obispo, quien a su vez era dependiente del arzobispo. De manera que yo no sabía exactamente cómo iban yendo las cosas en todo ese interior de São Paulo.

Días después de las elecciones, me encontré con el antiguo exministro de Hacienda. Me abrazó y me felicitó:

—¡Mi enhorabuena! ¡Ha salido elegido!

Le respondí:

—Pero, ¿cómo lo sabe Usted?

—¡Todo el interior ha votado por usted! ¡Todos los sacerdotes lo indicaron y estamos viendo que la fuerza electoral del clero es fantástica! Todos nuestros partidos políticos no valen nada. ¡Lo que vale como fuerza política en Brasil es la Iglesia Católica!

Durante el recuento de votos, actitud interior perfecta

El recuento continuó durante unos quince o veinte días, más o menos. A diario los periódicos informaban de que mi votación iba en aumento, y percibí en ello una gran ventaja para la Causa Católica.

Toda mi vida he detestado la agitación y, para combatirla, tomé la decisión de no consultar los resultados en el periódico. Debía adoptar una actitud de desapego, desconectarme, no preguntar nada sobre las elecciones ni agitarme por nada: "Me mantendré tranquilo, llevando la vida de todos los días. Alguien me avisará cuando los votos hayan alcanzado el número necesario y, si no lo alcanza, también me lo informarán».

Yo, siempre muy plácido y sereno, nunca me levanté más temprano para ver en los periódicos cuál era mi votación. Los periódicos matutinos, cuando llegaban, se colocaban en una salita más pequeña, diferente del comedor, en la que cenaban los nietos de la abuela; el café también se servía allí para quien quisiera y yo tenía la costumbre de tomarlo allí todos los días.

Mi hermana adquirió la costumbre de seguir las noticias y, cuando yo entraba a tomar el café, ella ya estaba allí. Juzgando que yo estuviese extremamente ansioso, entonces me transmitía cómo iba la votación. Y yo lo recibía aquello con una cierta indiferencia.

Mi madre acompañó todo con mucha serenidad, complacida, alegre, ¡pero siempre muy discreta y ¡sobre todo desapegada! Lo recibía bien, pe-

ro comedidamente. Y yo veía que ella quería enseñarme que no debemos apegarnos a los cargos, a prestigios terrenos; por encima de todo está la conciencia recta y el servicio a Dios. Y yo había aprendido, en el libro de D. Chautard, que no lograría ningún buen resultado para la Causa Católica como diputado, ni santificaría mi alma, si tuviera apego a ese cargo.

Elección victoriosa

En aquella época, solo se comulgaba por la mañana, hasta las diez, y era obligatorio ayunar desde la medianoche. Todos los días iba a la iglesia de Santa Cecilia, comulgaba, volvía a casa, entraba en la sala, no miraba los periódicos, tomaba un café con leche muy abundante, pan y mantequilla. Porque, gracias a Dios, hasta hoy nunca me ha faltado el buen apetito. Me iba a mi habitación a ponerme al día con las oraciones, a hacer lectura espiritual, de manera que, cuando llegaba la hora del almuerzo, mi parte espiritual estaba en orden. Almorzaba y me ocupaba de lo que tenía que hacer.

Hasta que una mañana, después de haberme preparado, pasé por la salita donde se exponían los periódicos y vi allí a mi hermana. La recuerdo bien, de pie, todavía de bata, hojeando el periódico *O Estado de São Paulo* con mucha atención, con un cuidado enorme. Parecía un pajarito picoteando una flor para ver si la corola tenía buen sabor o no. O *Estado* daba los resultados. Cuando aparecí, por cortesía, le dije desde la puerta:

—¡Buenos días! ¿Cómo estás?

Y ella esbozó una sonrisa y dijo en tono festivo:

—¡Oh! ¡Muy bien!

Simuló una especie de gran reverencia al estilo del *Ancien Régime*; era una broma, y dijo en francés:

—Buenos días, *Monsieur le Député*, ¡enhorabuena!

Yo, sin prestarle mayor atención, pensé que se trataba de una broma entre hermano y hermana, muy jóvenes, algo por el estilo. No capté lo que quería decir y pregunté:

—¿Cómo es eso?

Ella, muy vivaz, con un ingenio mucho más ágil que el mío, dijo:

—¿No te has enterado? ¡¿Te acabas de levantar y no sabes lo que está pasando?!

—Me acabo de levantar. Tú te has levantado antes…

—Sí, para saber si habías sido elegido o no. Porque hoy son publicados los resultados definitivos. Y he venido a ver tu nombre. ¡Solo tú harías algo así! ¡No sabes que fuiste elegido!

Ella aludía a cierto desinterés mío por las cosas materiales y por la carrera. Me mostró el periódico —que había estado siguiendo con toda precisión— y, de hecho, había sido elegido. Desperté, amanecí siendo diputado.

—Acabo de leer en los periódicos que tu votación ya ha superado el total necesario. ¡Eres el primer diputado de São Paulo en alcanzar ese límite! ¡Ya eres diputado!

Lo vi en los periódicos, porque tenía esa responsabilidad, y realmente había sido elegido; era el primer diputado de la Chapa Única en superar el límite. Al final de las elecciones, se produjo este hecho asombroso: con veinticuatro años fui presentado como candidato a diputado federal por la Liga Electoral Católica de São Paulo; por coincidencia, elegido por 24 mil votos, es decir, mil votos por año.

Salí corriendo para comulgar, ya era la hora. Y así fue como supe que había sido elegido. ¡Era el diputado más joven y el más votado de Brasil! Ningún otro había alcanzado el número de votos que yo había obtenido en todo Brasil. Era el resultado de una lucha que había comenzado en solitario, pero que Nuestra Señora protegió hasta llegar a ese extremo.



Divulgación (CC3.0)

Iglesia de Santa Cecilia, en la década de 1920

Después empezaron a llegarme las felicitaciones. El primer lance de mi batalla parecía ganado. Estaban allanados todos los caminos, comenzaba el problema de la Constituyente.

Primera reunión de la Lista Única

Y llegó el momento de la primera reunión de la Lista Única por São Paulo Unido[2].

Recuerdo que estaba en un círculo con los miembros del grupo preparatorio de "Legionario", en mi despacho, charlando —porque para eso servía mi despacho: para charlar y hacer apos-

tolado— cuando sonó el teléfono. Atendí:

—¡Aló!

Una voz solemne, al estilo del antigua São Paulo, dijo:

—¿Quién habla?

—Aquí el despacho del Dr. Plinio Corrêa de Oliveira.

—Aquí habla Alcântara Machado.

Respondí de manera amable, pero en el mismo tono de un colega:

— Ah, Dr. Alcántara, ¿cómo está usted? ¿Se encuentra bien?

— Quería comunicarle que habrá una reunión de los candidatos paulistas elegidos, en la sede del Colegio de Abogados de Brasil. Usted, como nuestro colega más joven, está invitado a asistir.

— Por supuesto, muchas gracias. Estaré presente.

Era un antiguo edificio residencial de São Paulo. En otros tiempos había sido habitado por una familia muy rica. La reunión tuvo lugar en el antiguo comedor de la familia, con restos de un mobiliario muy pintoresco y bonito, que se utilizó durante algún tiempo, empotrado en la pared. Había una mesa grande y alargada, pero era una sala para comer, no para trabajar.

Una vez allí, saludé al venerable Dr. Alcântara Machado, que presidía la reunión:

—¡Dr. Alcântara Machado! Plinio Corrêa de Oliveira.

—¡Ah! ¿Cómo está usted? ¿Se encuentra bien?

—Bien, gracias. Dr. Alcântara, fui su alumno en la Facultad de Derecho, hace poco tiempo.

—Sí, me recuerdo.

Era un excelente literato, futuro líder de los diputados de São Paulo. Había sido mi profesor de Medicina Legal en la Facultad de Derecho, un buen profesor, daba clases muy interesantes. Había sido admitido como miembro de la Academia de Letras de Brasil, lo cual revestía gran importancia en aquella época. Por cierto, era un hombre muy inteligente, de carácter firme, rubio, con unos ojos que oscilaban entre el gris y el verde claro. Un rostro que, cuando se volvía hostil, tenía algo de fiera. Cuando estaba de buen humor, era de trato agradable.

Él ocupó la presidencia y todos se sentaron más o menos por orden de edad, como era natural. Por cortesía y respeto, me dirigí directamente al último asiento, en el otro extremo de la mesa, frente al Dr. Alcântara. Siendo el más votado y el más joven, quedaba bien dar esa muestra de modestia.

Tenía la obligación de conseguir que aprobaran los cuatro puntos del programa de la Liga Electoral Católica: la enseñanza religiosa en las escuelas públicas; la capellanía en las Fuerzas Armadas, en las prisiones, los hospitales y otros establecimientos del Estado; la prohibición del divorcio; y la atribución de efectos civiles al matrimonio religioso.



Archivo Nacional (CC3.0)

Dr. José de Alcántara Machado

Inicio de los embates como diputado católico

Alcântara Machado pronunció unas palabras de bienvenida y luego, con voz lúgubre, prosiguió: “Se abre la sesión. Antes que nada, ocupémonos del programa que la Chapa Única debe llevar a la Constituyente y someterlo así a su deliberación. Primer artículo: “Separación entre la Iglesia y el Estado, libertad para la Iglesia y para todas las religiones”.

Después continuó leyendo otras cosas que no tenían importancia para la religión. Incluyó en el programa las reivindicaciones de la Liga Electoral Católica y, cuando las presentó, el Dr. João Sampaio cerró los ojos, indignado. Se percibió entonces una especie de frialdad en la sala, porque se intuía que muchos estarían en contra.

El Dr. Alcântara Machado añadió:

—¿Quieren ustedes opinar sobre algo?

Silencio sepulcral en la sala. Ahora bien, yo, como católico, estaba obligado en conciencia a opinar, no podía estar a favor de la separación entre la Iglesia y el Estado. No podía luchar por la unión y no podía aceptar la separación.

Sin embargo, sabía, por Don Duarte, que él y casi la totalidad de los obispos brasileños estaban a favor de la separación entre la Iglesia y el Estado. Defendían la tesis de que, en teoría, la unión entre la Iglesia y el Estado era un bien y la separación un mal. Pero que, en las condiciones concretas de Brasil, la separación era más conveniente, porque la Iglesia tenía más libertad en su actuación; de lo contrario, habría un pretexto para que el Estado se entrometiera en la vida de la Iglesia. Razón que a mí no me convenció. Porque con la fuerza que tiene la Iglesia, ella no admite la injerencia del Estado y, cuando fuera el caso, ella injería en la vida del Estado.

Yo dije desde mi esquina:

—Dr. Alcántara, yo pido la palabra.

—Sí, con la palabra el Sr. Plinio Corrêa de Oliveira.

Intervención firme, con efectos de una bomba

Sorpresa general: "¿Cómo es posible que el pollito de veinticuatro años, se meta a discutir con el jefe?"

Yo dije:

—Dr. Alcántara, yo concuerdo con la segunda parte, pero debo decir que estoy en desacuerdo con la primera propuesta. En mi consciencia de católico, no puedo votar a favor de la separación entre la Iglesia y el Estado, porque soy a favor de esa unión. No firmo un programa en que se pida algo contra mis convicciones.

Hielo general, porque todos eran a favor de la separación. Una bomba no habría sorprendido más a aquella gente.

—Yo debo decir con toda claridad que, de ser aprobado eso, yo me retiro y voy a consultar a la Liga Electoral Católica, porque no fuimos sondeados antes sobre esta propuesta que está siendo hecha; yo no tengo representación de la Liga para aceptar o rechazar. Yo estoy, por lo tanto, en desacuerdo, y pido que Ud. lo registre. La lealtad de la articulación entre las corrientes componentes de la Lista Única exigiría que yo fuese consultado antes de esa propuesta.

El Dr. João Sampaio, que había abierto los ojos, los cerró nuevamente, retrocedió la silla hacia atrás, indignado, como quién dice: "Niño grande, ¡cállese la boca, sino exploto! ¿Están viendo? ¡Van a admitir a esos afeminados aquí dentro y ya van a crear complicaciones!"

Él era conocido como enemigo de la Religión. ¡Y yo, firme!

Varios pusieron cara de tempestad, como quién dice: "Con la entrada de ese sacristán aguerrido, aquí dentro, ¿qué va a pasar?"



Archivo Revista

Dr. Plinio en 1933

Yo agregué:

—Yo sé bien que la naturaleza de la representación que yo recibo de la Liga no consiste en servirme de la Lista Única para restaurar la Edad Media. Ella fue constituida con finalidades paulistas específicas, pero entre eso y ser a favor de la separación de la Iglesia y del Estado, existe una diferencia. Yo soy representante de la Liga Electoral Católica y no voy a suscribir eso. No mueven ese asunto. ¡Si lo mueven, tienen que moverlo como yo quiero!

Suspenso, perspicacia y destreza

Nuevo silencio. Pequeño suspenso. Yo pensé que se levantarían espumando. Nada

El viejo Alcántara no esperaba eso. Pero era un hombre inteligente y, antes de que se encendiese la discusión, entró con una solución. Mirando el papel, con un lápiz en la mano, dijo en tono amable:

—Dr. Plinio, quién sabe si ponemos aquí en el programa, después de la palabra Estado, una coma en vez del punto. Está: Separación entre la Iglesia y el Estado, punto. Vamos a redactar así: "Mantenida la separación entre la Iglesia y el Estado, coma, enseñanza religiosa, prohibición del divorcio, capellanías, etc."

Era necesario ser diestro para, a los veinticuatro años, comprender la historia. Y yo me di cuenta inmediatamente cuál era su fórmula muy bien encontrada: Porque había dos sentidos en la construcción de la frase en portugués; uno de ellos era: "Una vez que sea mantenida, en todo el caso por lo menos tener enseñanza religiosa, etc."; es condicional; y el otro sentido era: "De be ser mantenida la separación entre la Iglesia y el Estado, pero puede entenderse como hipótesis." Una cosa bifronte; por lo tanto, no es a favor ni contra, es colocarse neutro, aunque parezca a favor. Y quedaba para ser decidida en la Constituyente. Entonces, yo podía aceptar. Yo dije:

—¡Apruebo enteramente, acepto sin discusión!

Alivio general, y la reunión continuó normal. Pero yo había dado un remezón. Yo sabía que el arzobispo no sustentaría otra posición. Terminó, yo me fui a casa.

Política para la defensa de la Iglesia

Mi política consistía en ir manejando la fuerza electoral enorme de la Iglesia, la cual había dejado a todos pasmados, y no mezclarme mucho con ellos: amigos, negocios aparte.

Yo tuve la impresión de que ellos habían querido sondearme el pulso, inmediatamente en la primera pelea, y ya habían preparado el asunto. Y también querían ver si yo sería lo bastan-

te vivo para comprender cual era el alcance de la solución dada. Si yo fuese medio cuadrado, yo podía no entender y decir: "¡Tampoco acepto!"

Ahora bien, si ellos no alterasen el programa y yo saliese de la Lista Única por causa de eso, quedaría bien para mí, delante de mí electorado, salía defendiendo a la Iglesia. Pero, si yo no entendiese la solución apuntada y no la aceptase, quedaba mal, como un tipo burro, aunque con fervor de novicio que no comprendió las cosas y no estaba preparado para el lugar.

Cuando él dio la solución, la acepté inmediatamente: "Esa está muy buena." Yo había entendido bien que era una salida perfecta para el caso. Vencí el obstáculo.



Archivo Revista

D. Duarte Leopoldo e Silva

Victoria brillante para la Religión

Aún me acuerdo del Arzobispo cuando fui al palacio San Luis para contarle cómo había sido la primera reunión. Él tenía una dignidad episcopal extraordinaria y, mientras yo le contaba, él permanecía con un aire marmóreo; por el golpe que daba con el pie yo me daba cuenta si le estaba gustando o no. De manera que yo, discretamente, tomaba el pie como sismógrafo.

Yo le conté la reunión desde el principio, quién dijo esto y aquello, uno dijo que conocía a mi familia, etc. Él oyendo todo, pareciéndole normal y golpeando el pie.

Estos pormenores pueden parecer innecesarios, pero le dan vida a la narración.

Cuando yo dije:

—Todas las reivindicaciones de la Liga Electoral Católica están mantenidas. Pero, respecto a la separación de la Iglesia del Estado, el Dr. Alcántara Machado propuso la separación.

Yo noté un suspenso en Dom Duarte –él estaba viejo y moriría poco tiempo después, del corazón– acercó las manos al pecho, como para agarrar la cruz, pero vi que la aproximó del corazón. Cuando le conté que yo no aceptaba la separación entre la Iglesia y el Estado, dijo:

—¿Vuestra merced dijo eso?

—Sí— dije. —Y el Dr. Alcántara Machado propuso tal cosa así, y yo acepté.

Él dio un suspiro de alivio.

Es decir, era para la Religión una victoria brillante. Pero ellos habían sentido que yo allí daría trabajo.

Marcando con la ausencia, una línea de conducta

El tribunal Regional Electoral anunció el solemne otorgamiento de los títulos a los nuevos diputados de la Lista Única, en el Palacio del Tribunal Justicia de San Pablo, en la noche del día 24 de junio.

Yo pensé: "Todos los diputados van a estar presentes, porque están contentos de haber sido elegidos. Si yo voy, daré la idea de una especie de niño grande alegre, tomando la actitud de un chiquillo en el momento en que llegan los helados en una fiesta de cumpleaños: está ansioso y no se aguanta para comerlos ya… Creo que daré un buen golpe no compareciendo, dando pruebas de desdén y de superioridad."

Ellos organizaron una sesión festiva en aquella noche: en el salón ornamentado con flores, repleto de gente, reporteros, en medio de aplausos y felicitaciones, cada homenajeado avanzaba para recibir del presidente del Tribunal un bello certificado. Todos los candidatos estuvieron presentes, recibieron el diploma; el más joven no compareció.

Aquella movida no iba conmigo. Si fuera necesario hacerla, la haría, pero no me gustaba. Pelear con mucha gente y desafiar, eso sí me gusta. Pero aquellas aclamaciones no iban con mi temperamento.

Yo me estaba imaginando el salón del Tribunal Electoral todo iluminado, todos mis futuros colegas recibiendo el diploma –era un bonito documento en aquel tiempo, yo lo guardo hasta hoy– la televisión focalizando a cada uno. Naturalmente, cuando focalizara al más joven, el más votado, ¡habría aplausos y más aplausos! Debería haber muchos congregados marianos allí dentro, que sólo iban para felicitarme.

No comparecí. Me quedé con el grupo del *Legionario*, en la tranquilidad de la biblioteca de la calle *Imaculada Conceição*, en la sede de la Congregación de Santa Cecilia, conversando sobre nuestras doctrinas, y sentía un enorme bienestar por verme lejos de todo aquello.

Me acuerdo hasta hoy de que, tarde en la noche, estábamos conversando –nada sobre la elección, era reputado asunto de segunda– cuando apareció un congregado, que subió las escaleras a toda prisa, entró en la sala:

—¡Oh! ¿Tú estás aquí? Fui a asistir a la entrega de tu documento y tú no compareciste. ¡inclusive te llamaron por tu nombre!

Y la respuesta lo dejó aturdido:

—Es verdad, ¿pero qué importancia tiene eso? Yo no seré más o menos diputado por no haber recibido el diploma. Mañana o después iré a buscarlo.

Fui al día siguiente para recibir mi diploma.

Un problema de salud en pleno día del banquete

La política no paraba. Surgió un problema respecto de la designación de un nuevo gobernador de Estado, él era militar –no era paulista– y era necesario substituirlo por un civil, nombrado por Getulio. Ahora bien, Getulio quería la indicación de un gobernador, firmada por todos los diputados de São Paulo, para tener garantía de que representara de hecho al estado. Ese documento debería ser ultra confidencial, porque São Paulo aún estaba oficialmente enfrentada a Getulio; y el principal paso de aproximación era que él nombrase un gobernador paulista. Entonces designaron al Dr. Armando de Salles Oliveira[4], más tarde candidato a la Presidencia de la República y que fue expulsado por Getulio.

Como Dom Duarte quería que fuese el Dr. Armando, yo firmé la lista. Él estaba casado con una joven de la familia Mesquita[5], del Grupo de *O Estado de São Paulo*, yo ya lo conocía de un episodio anterior. Era un hombre de mucha línea, sus partidarios decían que tenía tanta línea, que era un carrete…

Meses después, el Dr. Armando de Salles Oliveira ofreció un banquete[6], en un gran club aquí en São Paulo, a todos los diputados paulistas electos por la Lista Única; eran restos de la República aristocrática. Me llegó una invitación del Palacio de los Campos Elíseos: "El Interventor Federal de São Paulo, Dr. Armando de Salles Oliveira, invita a V. Excelencia Sr. Diputado Plinio Corrêa de Oliveira para la cena que el gobierno ofrecerá en el Club Comercial, a las 21 hs."

Siempre tuve una salud muy robusta, pero el dolor de garganta me atormentó la vida entera. Y, por una coincidencia, yo, en aquel día amanecí con dolor de garganta. Pensé: "No voy a comparecer al banquete para imponerme una vez más." Estaba verdaderamente de cama; si yo quisiera, fuerte como era, habría ido. Sin embargo, me pareció más conveniente no ir. Resolví desentonar oficialmente.

No comparecí, solamente envié un telegrama urbano muy amable, agradeciendo la invitación, mostrando que me solidarizaba con la actitud de simpatía que mis ilustres colegas tomaban en relación con el Dr. Armando de Salles, pero que no podía comparecer por estar indispuesto.

No me acuerdo de los términos, pero era evidente que yo no quería; y no había ido, no porque negase mi prestigio al Gobernador, sino porque estaba con un problema de salud.

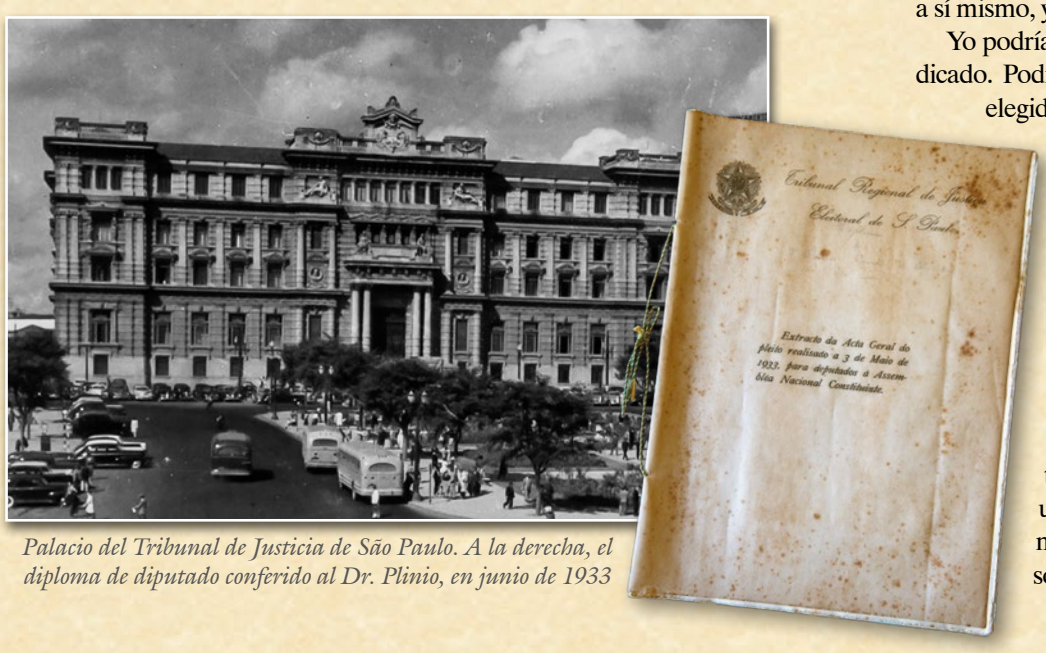
Yo supe después que un orador se levantó apenas comenzó la cena y declamó: "El Diputado Plinio Corrêa de Oliveira, que no pudo comparecer por motivos de salud, manda al Sr. Interventor federal el siguiente telegrama…" Fue leído, y al día siguiente, la sección *Notas e Informaciones de O Estado de São Paulo* publicó el texto de mi telegrama[7], Después venían las demás noticias de todo el resto.

Eficaz escudo contra el orgullo

¿Qué efectos produjo en mi alma el que yo haya sido indicado para diputado y después haber sido electo y haber ejercido el mandato?

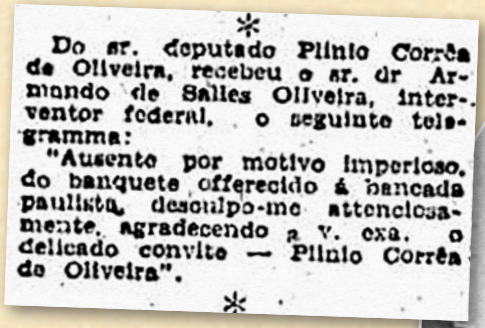
Para un joven de veinticuatro años, ser el diputado más votado y más joven, hacia el cual todos los ojos convergían en aquel momento, en todos los medios católicos de Brasil, el instinto humano lleva a quedar vanidoso, a pensar en estupideces: ¡Qué coloso soy yo!; ¡cómo yo, joven así, ya conseguí imponerme a tantos millares de electores!" Comienza a contemplarse a sí mismo, y viene todo lo demás.

Yo podría haber pedido para ser indicado. Podría haber pedido para ser elegido, para ser reelegido, para que se arreglara una manera de que yo quedara como profesor catedrático, no del Colegio Universitario, sino de la Facultad de Derecho; yo podría pedir para que mi oficina fuera una de las primeras de São Paulo, a fin de que ganara bastante dinero y me instalara de un modo super excelente, y me asegurara una situación social brillante.



Palacio del Tribunal de Justicia de São Paulo. A la derecha, el diploma de diputado conferido al Dr. Plinio, en junio de 1933

Werner Haberkorn/Fotolabor/Museu Paulista da USP(cc3.0)



Do sr. deputado Plinio Corrêa de Oliveira, recebeu o sr. dr Armando de Salles Oliveira, interventor federal, o seguinte telegramma:

"Ausente por motivo imperioso, do banquete offerecido á bancada paulista, desculpo-me attenciosamente, agradecendo a V. exa. o delicado convite — Plinio Corrêa de Oliveira".

Telegrama enviado por Dr. Plinio a Dr. Armando comunicando sua ausência no banquete em homenagem à bancada paulista. Publicado em O Estado de São Paulo, *9 de novembro de 1933*



Dr. Armando de Salles Oliveira

A Olgarra (CC3.0)

Yo podría pedir todo eso, pero el resultado sería que me embriagaría conmigo mismo. En el momento en que quedase puesto delante de la alternativa: apostatar o renunciar a ser reelegido, habría optado por la apostasía.

Confieso que el libro llave para mí en ese período no fue solo el *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*, de San Luis María Grignion de Montfort, sino también el de D. Chautard, pues me sirvió de muralla contra la gran, la tremenda tentación a que yo podría estar expuesto, que era la del amor propio.

¡D. Chautard era un gran trapista francés, un hombre extraordinario, yo lo admiraba y admiro mucho! En el momento en que estoy hablando –ya murió hace muchos años– le estoy pidiendo que rece por todos nosotros, en el Cielo. Yo me asombro de que no haya sido canonizado, espero todavía que lo sea. El libro tenía un elogio escrito por el Papa San Pío X, algo de una autoridad inmensa para mí. Hasta hoy no consigo hablar de ese libro sin sentir entusiasmo.

Era un libro extraordinario, me sirvió de guía en una época en que yo no había llegado a los veinte y cinco años, y en que la irreflexión, la atracción por las cosas del mundo acostumbran fácilmente a llevar al hombre a tomar el rumbo que no debe.

Sin el libro de D. Chautard, yo habría perdido mi alma cuando fui elegido diputado. Fue él quien me auxilió. ❖

---

1) Escuela Estatal Consejero Antonio Prado.

2) Los candidatos de la Lista Única electos se reunieron en el Instituto de la Orden de los Abogados, a fin de definir su actuación en la futura Constituyente, en los días 26 y 27 de mayo de 1933.

3) Elegido el 23 de abril de 1931 como miembro de la Academia de Letras y tomo posesión el día 4 de octubre de 1933.

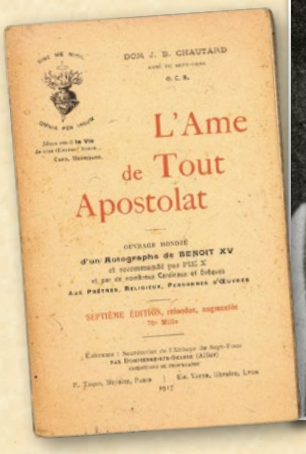
4) Ingeniero y político brasileño, fue nombrado interventor federal en São Paulo entre el 21 de agosto de 1933 y el 11 de abril de 1935. Se candidatizó al cargo de Presidente de la República en las elecciones de 1938, pero estas fueron interrumpidas por el golpe de Estado de Getulio Vargas; Armando de Salles fue gobernador de São Paulo el 11 de abril de 1935 al 29 de diciembre de 1936.

5) Raquel Cerqueira César Mesquita, hija del director – propietario del periódico *O Estado de São Paulo*, Julio Mesquita.

6) El banquete se realizó en el Club Comercial, el 7 de noviembre de 1933.

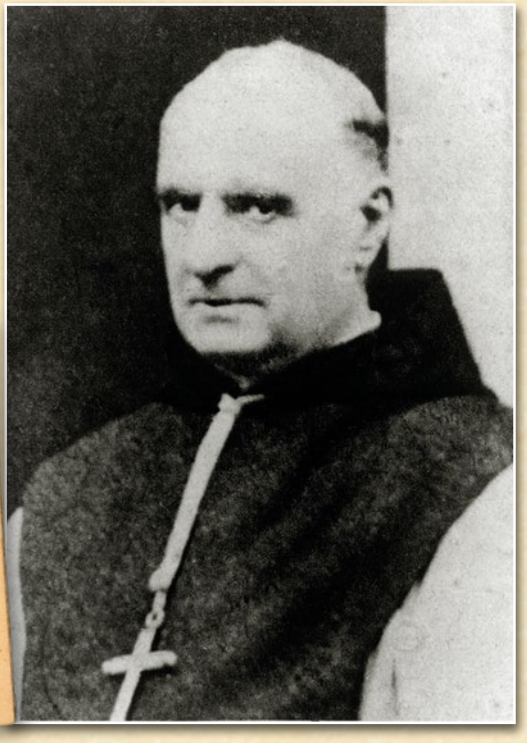
7) "Del Sr. Diputado Plinio Corrêa de Oliveira, recibió el Sr. Dr. Armando de Salles Oliveira, interventor federal, el siguiente telegrama: 'Ausente, por motivo imperioso, del banquete ofrecido a la bancada paulista, me disculpo atentamente, agradeciendo a V. Excelencia. la delicada invitación. Plinio Corrêa de Oliveira.'" Publicado en *O Estado de São Paulo*, 9 de noviembre de 1933.

D. Jean – Baptiste Chautard, abad de Sept-Fons y autor del libro El alma de todo apostolado



DOM J. B. CHAUTARD

L'Ame de Tout Apostolat



Divulgación (CC3.0)

IV

Entre el precipicio y la gloria, en las pompas de la Constituyente

La inauguración de la Asamblea Constituyente supondría un hito en la vida del Dr. Plinio. Frente a las demandas mundanas, solo le eran posibles dos actitudes: abdicar de sus ideales para seguir una carrera política en una vida suntuosa y tranquila, o blindarse de todos los efluvios de falsa gloria, para servir solamente al ideal y a la Santa Iglesia Católica.

Recuerdo cómo fue el día de la inauguración de la Asamblea Constituyente. Un mes antes, anunciaron que los diputados electos de la Lista Única por São Paulo Unido irían juntos a Río de Janeiro, para comenzar a ejercer su mandato. En aquella época, las ceremonias se realizaban con mucha más solemnidad que hoy en día.

Invitados en la ceremonia de toma de posesión

Quería absolutamente que mamá asistiera a mi investidura. Las razones son evidentes: por la ocasión y porque la "trans-quería" y, por tanto, pensaba que ella tenía que ir.

Invité a mi hermana y también a mi padre; yo pagué los gastos de él, porque estaba en condiciones económicas pésimas. Ahora bien, me preguntaba cuál sería la posición de Doña Lucilia ante la situación y pensé que podría tomar dos posibles actitudes: una, tener en cuenta que yo había sido elegido diputado católico sin ningún compromiso con la República y que, aún sin ser oficialmente monarquista, llevaría a cabo una misión sacralizante en oposición al laicismo republicano.

Pero podría ser que ella tomara el asunto por el lado opuesto, juzgando que solo asistiríamos a una función de la República: la inauguración de una Asamblea Constituyente. Sin embargo, no le planteé ningún problema, solo le pregunté si ella, mi hermana y mi padre querían ir. Lo aceptó con la mayor naturalidad. Así comenzaron los preparativos para el viaje, durante los cuales me encontré con otra dificultad.



Divulgación (CC3.0)

Llegada de los diputados de la bancada paulista a Río de Janeiro para la apertura de la Asamblea Constituyente, en noviembre de 1933

Consiguiendo vestido según el protocolo

La gente de São Paulo en aquella época era muy ceremoniosa, les gustaba el protocolo, la cortesía, la gran línea y, como era el estado más rico de Brasil, todos vestían de la mejor

ACMSP PF 08-03-49



Congregado marianos de São Paulo reunidos para conmemorar la elección del Dr. Plinio (en destaque)

manera, tenían los automóviles más bonitos y llevaban una gran vida. Habíamos recibido un mensaje de la dirección, del Dr. Alcântara Machado, de que, el día de la investidura, todos los diputados de São Paulo debían aparecer con frac negro almidonado, con mucha elegancia, con corbatas plateadas, como se usaba en aquel tiempo; pantalón ingles de cachemir a rayas grises y negras; gemelos dorados y sombrero de copa, ese sombrero con el cilindro negro, seda, con piel brillante y reluciente.

Todo era tan protocolario que el gobierno de la Unión ofreció un buen dinero solo para que los diputados compraran el ajuar y se establecieran en Río de Janeiro para la sesión parlamentaria. Esto era necesario, especialmente para quienes venían de lugares lejanos: del Noreste o de Santa Catarina, Paraná, Rio Grande do Sul. Ellos viajaban con toda su familia, en barco de la Lloyd, tardaban días y necesitaban de un presupuesto.

Sin embargo, para mí, soltero y menos distante de Río de Janeiro, con solo una noche de viaje por delante, me sobraba bastante dinero y era necesario renovar todo mi vestuario, que estaba bastante deficiente. Siempre he sido despistado al vestirme y ni siquiera sabía qué ropa estaba de moda. No tenía ni idea de si una prenda me quedaba bien o no.

Así que mi hermana se encargó de elegir los trajes, ver las cualidades de las camisas, etc., y, por los comentarios que escuché, desempeñó la función de forma excelente, porque era muy entendida en este tipo de cosas, que son competencia propia de las damas.

Un banquete en honor al Dr. Plinio

Se suponía que los diputados debían partir antes del 15 de noviembre, fecha fijada para la inauguración de la Asamblea Constituyente[1]. Todos irían en un tren de lujo llamado Cruzeiro do Sul y llenarían la estación Norte. Yo pensé: "Voy a cerrar por arriba, una vez más", y decidí no embarcarme con ellos. No fui y no di ninguna explicación. ¿Cuál fue la razón?

Había un gran número de jóvenes de la mayor relevancia, del Movimiento Mariano o de las derechas, que deseaban organizar un banquete en mi honor. No me perdería la ocasión y pedí que se celebrara dos o tres días después de la partida de los candidatos hacia Rio.

Sin embargo, el número de congregados marianos que capaces de asistir era de unos treinta, lo que no llena un salón de banquetes. Entonces, ¿cómo se arreglarían? Había una confitería llamada Elite, de la que yo era buen cliente, una de las mejores de São Paulo. No servía banquetes, pero le pedí que saliera de sus pautas y nos sirviera una cena allí.

El propietario del establecimiento era un viejo señor italiano; él decidiría si mi jugada política funcionaba, porque dependía de que cediera el local o no. Él lo encontró muy propagandístico y accedió con mucho gusto.

Se celebró entonces una cena en una pequeña confitería que llenó la sala[2]. El encuentro fue ampliamente publicado en los periódicos, con fotografías mías discursando; también anunciaron el día y la hora de mi partida desde la Estación del Norte hacia Río de Janeiro.

Fui el único diputado que fue objeto de un banquete de congregados marianos antes de embarcar. Estaba claro que la fuerza católica era enorme, y yo quería mostrar que, aunque joven, estaba bien plantado en el lomo del elefante, como diciendo: "Soy amable y bien educado. ¡Pero no se metan, porque saldrán problemas!"

Hay que decir que fui muy firme, pero siempre muy atento con todos. Por ejemplo, habían alquilado una secretaría muy bien montada para la Chapa Única, en la Avenida Rio Branco, en ese tiempo la mejor avenida de Río de Janeiro. A veces entraban tantos diputados, políticos y periodistas en la sala que faltaban sillas. Yo, siempre el más joven, me levantaba inmediatamente y cedía la mía:

—Siéntese, señor, por favor...

—No, señor, tenga la bondad...

—Entonces nos quedamos los dos de pie, usted se queda y yo también.

Es decir, no faltaba cortesía ni amabilidad.

Honestidad, reconocimiento y amabilidad en la partida hacia Río

Por fin llegó el día de mi partida. Fui a la estación del Norte con el corazón apretado: "¡Imagínese si solo hay cinco gatos! Pero también qué belleza

sería que el diputado católico con más votos llenara la estación solo, como lo hicieron todos los demás juntos."

De hecho, cuando llegué a la estación, estaba llena de gente que daba vítores. No había ninguna razón para altercados y nada que ofendiera a alguien. Mientras el tren se alejaba, me quitaba el sombrero saludando desde la entrada, agradeciendo a todos.

Pasada la despedida, entré y sentí la primera bocanada de peticiones que tendría cuando estuviera en Río de Janeiro. Mi familia ya estaba dentro, me quedé con mi padre en la misma cabina, mi madre y mi hermana en otra. Las cabinas se comunicaban y estábamos hablando, cuando alguien llamó a la puerta. La abrí, era el jefe del tren, que se quitó su gorra por respeto hacia mí, a mis veinticuatro años, y preguntó:

—¿Usted es el representante?

Yo, el diputado que viajaba en tren, dije:

—¡Sí, soy yo!

—Si usted me disculpa, le pediría que mostrara los boletos, porque los estoy marcando.

Esas fórmulas y cortesías me sirvieron de muestra del uso de amabilidades, de reverencias y de expresiones de respeto que se me presentarían en mi carrera como diputado; era fácil leer en el rostro del jefe del tren el asombro y la sonrisa ligeramente amable, frente a un joven al que se debía tal deferencia.

Le di los boletos, los picó y me los devolvió con otra reverencia. Cerré la puerta y pensé: "Es otra vida que comienza, ya no la de un simple particular, sino la de una autoridad pública, graduada, rodeada de reputación, impregnada de gloria para esa edad y que iba a Río de Janeiro, la espléndida capital, para comenzar allí una carrera que prometía ser ascendente y brillante."

Una paradoja: el problema del prestigio

Hasta entonces, mi línea, como católico militante, había sido la de la denuncia y el rechazo de todo lo que pudiera envanecer, enaltecer y representar una carrera.

Y desde el principio, hubo preocupación por mi vida espiritual: "¡Plinio, le espera una batalla dura! O usted se prohíbe implacablemente pensar en eso, cuando se repitan escenas semejantes, o si concede un poco que sea a ese aroma de prestigio, usted rodará ladera abajo y caerá a un precipicio. O está siempre dispuesto a renunciar a eso en cualquier momento si su conciencia lo exige, o usted se venderá. ¡Para que usted se venda, sería mejor no haber nacido!"

D. Chautard, en su libro, explicaba que el apostolado realizado por el hombre deseoso de prestigio es vano. Podía tener talentos naturales escasos, medios o abundantes. ¡No importa! ¡Dios lo detesta! La gracia no se transmite a través de sus acciones o palabras y no es fértil, como la higuera maldita del Evangelio.



Archivo Revista

El Dr. Plinio durante su mandato de Diputado

Así que era necesario hacer una renuncia. Porque, antes de entrar en el Movimiento Católico, había humedecido mis labios en la copa del prestigio y la había roto, vertiendo el líquido en el suelo. Ahora ya no me era dada una copa, sino una botella, y con ella una copa de mucho mejor cristal, y el mismo líquido volvía a mis labios. Fue necesario rechazarlo con un empeño mucho más intransigente y vigoroso. ¿Concesión? ¡Ninguna, para nada, de ninguna manera! ¡O eso o nada!

Sobre todo, porque había lo siguiente: consentir en el gusto del prestigio no era un pecado mortal, y por tanto no perdería el estado de gracia, quedando en enemistad con Dios. Era un pecado venial que, con agua bendita y un acto de contrición, sería perdonado. Pero, siendo venial, era una inclinación mortal y se trataba de evitarla.

El cálculo erróneo por excelencia sería: "No, esto es muy difícil; es más prudente dimitir del cargo de diputado." ¡Sería un error! ¡No lo es! "¡Sea hombre, arriesgue, dele un puntapié al riesgo! ¡Ponga la alabarda encima y no huya del lugar donde las circunstancias providenciales lo lleven!"

Comienza otro capítulo de la historia. Aquella noche, cuando me acosté en la cama del tren, muchos debieron pensar: "¡Ahí va el diputado!" Yo decía: "Aquí va un hombre, durmiendo y temblando, abrazando su nueva cruz, que consiste en vencer todo tipo de deseo de prestigio, y al mismo tiempo –¡esta es la paradoja más grande!– esforzándose por tener prestigio, ya que es un instrumento de apostolado. Aquí va un luchador que comienza en la arena una lucha consigo mismo, más feroz que las anteriores."

La tentación de una vida deliciosa y tranquila

Por otro lado, tenía la idea de que si me perpetuaba como diputado, más tarde sería senador y, en poco tiempo, un hombre ilustre, como ya era de joven.

Pensaba: "Si me mantengo en este ritmo, sin gran dificultad –porque los votos católicos los dan los obispos y soy reelegido– hago de vez en cuando algún discurso, y el resto del tiempo me quedo en Rio de Janeiro o en São Paulo, sin hacer nada. Hago apostolado, porque el mero hecho de ser católico ya da cierto brillo a favor de esta posición. De resto, ya he hecho mucho por la Causa, puedo aflojar y no hacer nada más."

Y ahí estaba una invitación positiva del demonio. "Haga esto: siga por ahí, porque su lucha ya está terminada, usted ya hizo por la Contrarrevolución lo que nadie más haría. Descanse y lleve esa vida sabrosa y brillante que se abre ante usted, deliciosa y tranquila. No la vida opaca y pedante del *Larguinho* del Corazón de Jesús."

¡También tuve que resistirme a eso! Y así, en varias ocasiones a lo largo de mi vida, se presentaron fórmulas que eran, en esencia, la victoria de la indolencia dentro del brillo o una opacidad tranquila de un don nadie, que nadie sabe quién es, pero que también vive sin molestarse con nadie.

Una nueva situación se configura

Al llegar a Río de Janeiro, al bajar del tren, la primera persona que encuentro es Tristão de Ataide, vestido modestamente, lo que, por decirlo así, realzaba su figura; algunos, a fuerza de vestirse bien, dan cierta impresión de un libro bien encuadernado. Él siempre vestía muy limpio, pero rústicamente. Tenía un tono, una gentileza, un encanto personal, una atracción y una forma de hacer las cosas que lo hacían muy agradable. Yo, que no soy un hombre que preste atención a ciertos detalles, presté atención cien veces a las manos de Tristão: hermosas, bien hechas, de *grand-seigneur* y que se movían...

Yo iba a bajar primero para ayudar a mamá, pero cuando vi que él estaba en el andén de la estación, me puse detrás para ayudarla y él la sujetó del brazo. Mamá se apoyó en su brazo y caminaron en medio de ese movimiento de la estación. Él era mucho más alto que ella, y se inclinaba un poco para oírla hablar, se erguía, daba una respuesta y luego se encorvaba de nuevo. Mamá y él –de edades muy diferentes– formaban un conjunto tan distinto y ordenado que tuve la percepción del prestigio que caminaba delante de mí...

Fuimos al Hotel Gloria, en Outeiro da Glória, magnífico, lujoso; estaba lleno de gente de la sociedad de São Paulo. Quedaba hacia la hermosa playa de Flamengo, que no se parecía en nada a las playas inmorales de hoy. Era lindísima. Había dos hoteles en Río que competían entre sí: el Hotel Gloria y el Hotel Copacabana.



Dr. Alceu Amoroso Lima, a principios de la década de 1930

Biblioteca del del Colegio São Luís

Ahora bien, quería dar a la presencia de mi madre el carácter de un tributo mío para ella. Quería darle una estancia lo más cómoda posible, más aún porque solo podía ser corta, porque la madre de ella estaba muy enferma, murió dos meses después[3], y ella era una hija esmeradísima.

Así que conseguí una de las mejores habitaciones del hotel, enorme, con ventanas desde las que podía ver el panorama. En aquel tiempo, el agua de mar llegaba casi hasta el paredón del hotel. Las noches eran muy hermosas, y ella se cautivada mucho por cosas de ese tipo.

Todo estaba reservado, nos registramos; primero fuimos a su habitación y luego cada uno a la suya; descansamos un poco y llegó hora de comer. Estábamos en uno de los comedores que había; eran dos o tres bien grandes, de estilo neoclásico, todos blancos, con columnas proporcionadas hasta el techo, mesas espléndidas, todo muy bien conectado, camareros de primer nivel, orquesta tocando, porque en aquella época no se usaban radios; público excelente, de primera. En cuanto nos sentamos, llegó el *maître*, luego los camareros:

—¿Usted es el diputado?

—¡Sí, lo soy!

—¡Ah, bien! Por favor, aquí está el menú...

El aroma del prestigio una vez más subía. Y tuve bien la idea de la situación que, bajo cierto aspecto, me esperaba.

Preocupación filial para acomodar a Doña Lucilia

El día de la inauguración de la Asamblea Constituyente, los cuatro juntos fuimos al Palacio Tiradentes, sede del Congreso Nacional. Para los gustos de la época no era un palacio bonito, pero era lujoso, con un aire imponente.

Entramos en la Cámara, mi madre, mi padre, mi hermana y yo; sentí la primera diferencia: prensa, radio, fotógrafos... Me estaban esperando, porque era el más votado y el más joven, y querían saber qué haría, qué diría, haciendo todo lo posible por prestigiarme. Todos los diputados, curiosos por ver llegar al novato. Entré sonriendo y al mismo tiempo haciendo todo lo posible para nunca afectar el prestigio que alcancé.

Había dos entradas diferentes: una para los diputados y otra para las familias, que quedaban en las tribunas de honor, junto con el Cuerpo Diplomático, los Ministros de Estado; y, para otras personas importantes, en los camarotes de arriba.

Fui hasta allá para instalar bien a mi madre. Mi hermana y mi padre, ambos eran más saludables y se las arreglarían. Mi preocupación era un lugar adecuado para que mi madre asistiera a la ceremonia, porque estaba más enferma, tenía molestias por el reumatismo y cierta dificultad para mantenerse mucho tiempo de pie; necesitaba un lugar bien cómodo. No quería en absoluto que tuviera que retirarse durante el evento.

Fue un poco difícil conseguir sillas, la galería estaba llena. Pues bien, las campanitas comenzaron a sonar para indicar el inicio de la sesión inaugural de la Asamblea Constituyente. Rebusqué un lugar y, al final, recibí una promesa de algún político para ayudarme. Tuve que dejarla y correr al estrado de los diputados.

Recuerdo bien que cuando llegué abajo, entregué primero mi diploma para demostrar que era un diputado electo. Era una especie de pergamino, escrito con caracteres hermosos, una fórmula solemne, con un sello de lacre. Hoy en día es un papelucho cualquiera, con un sello. Todos los diputados cumplían con esa formalidad y yo debía cumplirla también. Demoré algún tiempo en la fila y, cuando terminó, me acompañaron hasta mi asiento. Para mi sorpresa, en la primera fila, al lado derecho del presidente, estaban los diputados de São Paulo, dispuestos en dos filas. Por tanto, era una posición de máxima importancia y visibilidad.



Divulgación (CC3 0)

Hotel Glória en Río de Janeiro, en los años 30, donde el Dr. Plinio se alojó con su familia

Luego me preocupé si habían conseguido un lugar adecuado para mi madre; quizá hubo algún problema, y ella no estaba tan bien instalada como me hubiera gustado. En estas ocasiones, hay aventureros y personas de todo tipo que, de vez en cuando, obligan a alguien a ceder el lugar, y ella no era de peleas. Quería ver si estaba sentada, porque conforme fuera, yo subía y me desviviría con todo tipo de cuidado y preocupaciones.

Había tres tribunas y me costó un poco encontrarla. Le di la espalda al escritorio de la presidencia, buscándola en la tribuna principal. Debido a la distancia, no podía ver bien; me levanté de mi asiento, caminé por el pasillo central de los bancos, que dividía las sillas en dos bloques, buscándola con la mirada. Cuando me acerqué, la vi bien y me di cuenta de que se estaba riendo, ¡contentísima! Con mucho afecto, ella sacó un pañuelo y me hizo una señal, como diciendo que no me incomodase, porque estaba bien acomodada. A su lado estaba mi hermana, que hacía el mismo gesto. Las saludé y volví a mi silla.

En la imponente bancada paulista

Había otras bancadas laterales y, en el extremo derecho, algo abajo, vi algo que nunca esperaba: autoridades de otros Estados vestidas con ropa común de paseo ordinaria, con sombreros de fieltro blanco. La bancada de Río de Janeiro, formada por celebridades del Brasil, grandes médicos, técnicos, hombres muy bien formados, finos, todos vestidos con ropas comunes.

Los Paulistas fueron los únicos que asistieron, todos con frac y sombrero de copa, dando la impresión más o menos de pavos reales en un gallinero, lo que daba cierta importancia, pero no despertaba mucha simpatía. Sabemos cómo es la vida. Eso de uno que aparece con frac y otros con chaqueta, ropa común, el que lleva frac se impone más; pero cuando se trata de simpatía, es discutible...

Y entendí todo lo que eso conllevaba: prestigio, pero también cierto atisbo de resentimiento: "¿Qué tienen de más especial que nosotros, para venir todos con frac y sombrero de copa?" Muchos de los otros ni siquiera tenían dinero para comprarlo, y creo que en algunos estados ni siquiera se usaba ese vestido de gala.



FGV-CPDOC (AAP 014/2)

Asistentes a la inauguración de la Asamblea Constituyente (derecha), celebrada en el Palacio de los Tiradentes (izquierda). En destaque, de izquierda a derecha: Dr. João Paulo, Doña Lucilia y la señora Rosée

Sobre el frac, solían poner condecoraciones. Yo no tenía ninguna, ningún gobierno me había condecorado. Así que no tuve la menor duda, cogí el escudo de Congregado Mariano y la puse allí, sin pedir permiso a nadie ni consultar. Es un hecho consumado, lo haré así, ¡y no permito que cambien!

Ceremonia pomposa, pero el vacío de la gloria ajena al ideal

Dada la importancia de la Asamblea Constituyente, la ceremonia de inauguración estuvo revestida de gran esplendor. La sala interior de las sesiones del Palacio Tiradentes, donde se realizarían todas las sesiones, estaba muy bien decorada, todo bien dispuesto, florida, inmersa en una especie de penumbra, cruzada continuamente por reflectores en diferentes lugares, enfocando así a este y aquel, porque estaban cinematografiando todo.

Había una enorme mesa de presidencia, en la que estaba el Dr. Antônio Carlos Ribeiro de Andrada, quien presidía la sesión. Era un diputado descendiente del Patriarca de la Independencia, José Bonifácio de Andrada e Silva. Un hombre muy pintoresco: de Minas Gerais, experto, de buena escuela. Y finalmente apareció el Presidente de la República, de quien yo tenía horror, el Getulio de mis execraciones.

Cuando llegó, todos nos pusimos de pie, era el Jefe de Estado. Pronunció un discurso técnico con la mano apoyada en el chaleco, con voz incolora y mirando todo como quien no da importancia a lo que se estaba haciendo. Las luces se encendieron y luego se retiró.

El primer diputado a ser llamado fui yo... ¡Oh! La Asamblea Constituyente estuvo a punto de colapsar. Subí hasta donde estaba el Dr. Antônio Carlos Ribeiro de Andrada. Me recibió, acarició mis manos como las de un bebé. Quité las manos de las suyas tan pronto como pude, bajé y volví a mi asiento. Los aplausos cesaron.

Pensé: "Todos los jóvenes en Brasil me envidian y quisieran estar en mi lugar, querrían estar dentro de mi piel. Sin embargo, esto para mí es vacío, sin gracia ni importancia. ¡Yo querría otra cosa!" Veía que eso no era nada, pero no tenía un alma frustrada, no sentía en mí el peso de vivir, el problema de elegir un camino. ¿Por qué? Porque ya estaba con mi camino elegido y agradecía a Dios por tener un ideal. ¿Cuál era? En ese año 1933 veía cómo el mundo se iba deteriorando cada vez más y preveía para pronto una gran guerra mundial, que, de hecho, tuvo lugar seis años después. Estaba seguro de que el comunismo se extendería por toda la tierra, así que pensaba reunir los pocos hombres que pudiese, para luchar y que el mundo no cayera en esta catástrofe.

Se acordó que, terminada la sesión, mi madre y mi hermana volverían con mi padre al hotel, tomarían el té en algún sitio, mientras yo me dedicaba a otras tareas; como estaban ellas confiadas a mi padre, no me preocupaba en absoluto.

Trascendente tabla de valores

Por la tarde, llegué al hotel para cenar. Mamá, que sufría mucho del hígado, había dejado un aviso en la recepción diciendo que no cenaría en el comedor de abajo, porque estaba un poco enferma. En general, eran pequeñas indisposiciones, no me preocupé. Fui a mi habitación, me quité el frac que llevaba puesto y me cambié de ropa, poniéndome una más oscura, adecuada para la cena. Pedimos que se la llevaran a ella, que cenó sola.

Cuando terminó la cena, mi hermana y mi padre se quedaron en el salón hablando con conocidos, y yo subí al cuarto de mi madre para ver cómo estaba. Llegué y la encontré de *chambre*, en la posición que yo quería que estuviese: en una silla muy cómoda que había en la habitación y que ella mandó al ayudante de cámara ponerla justo delante del ventanal.

El cielo estaba despejado, la luna dorada –en Rio hay ocasiones en que la luna queda así– que se reflejaba en el mar del Flamengo de una forma lindísima. Había algunas palmeras colocadas como si fuera a pro-

pósito y eso añadía belleza al panorama. Mamá estaba sentada mirándolo con mucha atención, absorta en el paisaje. Era muy sensible a los bellos paisajes y cosas así.

No había ninguna silla cerca de ella, así que me arrodillé a su lado, que en ese tiempo ya estaba con discapacidad auditiva; le di las gracias y empecé a hablar un poco, le pregunté si estaba contenta, disfrutando del viaje; comentamos un poco sobre la luna, porque era una noche de luna de las más bonitas que ha habido, ¡era una noche preciosa!

Y, en cierto momento, hice una pequeña broma, a la que ella me dijo, como si también bromeara:

—Hijo mío, estás bromeando conmigo, pero dejemos la broma y hablemos de algo serio: no tienes idea de la satisfacción que le diste a tu madre hoy. Me hiciste una que no olvidaré hasta la hora de la muerte.

Me sorprendió un poco. Pregunté:

—¿Pero por qué, mi bien?

—Estoy contemplando el panorama, pero, en realidad, pienso en ti y recuerdo tu rostro: en el momento en que resultaba tan absorbente comenzar tu vida política, una situación que te obligaba a poner atención en todo lo que ocurría a tu alrededor, tú, sin embargo, te esforzaste mucho en conseguirme un lugar tan bueno; y todavía, allá abajo recordando a tu madre, dándole la espalda a la Constituyente, dejando tu lugar para buscarme, para averiguar si realmente estaba bien instalada. Tuve tal impresión del cuidado y el afecto con los que me buscabas, que eso me valió más que la alegría de verte como diputado. ¡Nunca lo olvidaré! Esto me ha hecho tanto bien, que hasta ahora veo tu cara saludándome, y tu mirada era igual que un beso.

Me quedé medio atónito, porque estaba dispuesto a hacer mucho más... Era un pequeño gesto banal y común, que ni lo consideré como algo extraordinario. Sin embargo, ella estaba encantada. Pensé en decir: "Mamá, comparado a lo tanto que la quiero, es algo tan pequeño que es una bagatela, una minucia. Usted piénselo con más profundidad, y entonces encontrará la fórmula del afecto". Pero no dije lo que pensaba, las palabras me faltaron. Le di las gracias. Después bajé a hablar un poco con la gente.

Yo no puedo olvidar ese pequeño dicho suyo, que muestra mucho la atención que ella ponía, pero también muestra mucho la tabla de valores de las cosas, porque este es el espíritu maternal: ella decidió valorar una pequeña cosa.

Durante todo este tiempo, durante la conversación, el problema de la "República" ni siquiera se le cruzó por su mente. Solo fijó la mirada en el lado religioso de la misión, con el que era ultra, super de acuerdo y nada más. Para muchas señoras, lo más importante sería que su hijo fuera diputado. Cariño o no cariño... poniendo cariño es mejor, pero no poniéndolo también estaría bien, siempre que fuera un diputado muy votado, con mucho prestigio. Eso sería lo importante que decirles a sus amigas y enorgullecerse. Pero la tabla de valores de ella era completamente diferente.

Años después, yo estaba en casa y nos cruzamos en un pasillo. Los dos estábamos solos en casa. Se detuvo y me hizo una caricia, algo así. Entonces me miró y, tomándome de los brazos, dijo: "Hijo mío, solo te tengo a ti en el mundo, ¡pero a ti yo te tengo por entero!"

Luego fue mi turno de mirarla, como ella me miraba. ❖

---

1) El 8 de noviembre de 1933, los diputados de la Lista Única partieron para la inauguración de la Asamblea Constituyente en Río de Janeiro.

2) Celebrada el 10 de noviembre de 1933.

3) El 5 de enero de 1934, falleció Doña Gabriela Ribeiro dos Santos, madre de Doña Lucilia.





A la izquierda, el Dr. Antônio Carlos Ribeiro de Andrada Machado. Abajo, inauguración de la Asamblea Constituyente, el 15 de noviembre de 1933, en destaque, Dr. Plinio

FGV-CPDOC (AAP 014/2)



Divulgação

Delante de un santo, el tigre tomó aires de gatito

La santidad no debe ser entendida según ciertos modelos convencionales y vacío como correspondiendo a una persona de carácter blando, sin empuje ni fuerza. El verdadero santo debe ser un hombre de una fibra inmensa.

Don Chautard fue uno de los hombres más santos de su tiempo y poseía una fuerza de personalidad extraordinaria. Él tuvo un contacto con Georges Clemenceau, en ese tiempo Primer-ministro de Francia, anticlerical, uno de los jefes del ateísmo oficial francés y llamado "El Tigre", debido a su ferocidad.

Clemenceau quedó tan admirado con el estilo y la fuerza de alma de Don Chautard que, al final de la discusión, acalorada de ambas partes, le dijo: "Es la primera vez que admiro un monje. Por favor, Don Chautard, inscríbame en la lista de sus amigos, pues me honro de serlo."

"El Tigre" encontró un hombre de Dios, sereno, tranquilo y fuerte, y tomó aires de gatito…

(Extraído de conferencias de 18/5/1989 y 3/5/1995)